

Ayuntamiento de Madrid



José Bohr y Lolita Vendrell

harán las delicias del público
en

Así es la vida

Preciosa comedia de costumbres americanas,
sacada de la vida real y totalmente hablada
en español, que en breve presentarán las

Selecciones Gaumont Diamante Azul

(FUERA DE PROGRAMA)

En verdad que era una buena idea la que se me ocurrió. Lo que debía suceder a las dos en punto!

res inconscientes y sin memoria. ¡Con tal que no hubiese tana del cuarto de la señora Maubán. Las mujeres son se- los aposentos del duque. Al otro lado debía haber la ven- tana. Debía ser, si Juan no me había engañado, uno de Un poco más allá, casi al mismo nivel, veía una ven- red del calabozo del Rey.

diez metros a mi derecha. Estaba entonces pegado a la pa- beza veía su fino perfil que se destacaba del cielo a unos El puente levadizo estaba debajo. Encima de mi ca- podía realizar.

un cigarrillo, deseo que, como se puede comprender, no Flavia, sino un sencillo cuanto intenso deseo de fumar de salvar la existencia del Rey, ni una aspiración hacia momentos críticos mi preocupación dominante no era la vería. Esperé. Recuerdo perfectamente que en aquellos

trunque a la sombra de la tubería y traté en vano de mo- que ya otra vez me permitieron descansar. Allí me acu- escalera de Jacob y tomé pie en las paredes de los cimientos mi y pegado a la muralla del castillo. Pronto llegué a la

ción al puente levadizo, empujando la escalera delante de tocaban mis pies en el agua. Empecé a nadar con direc- El reloj del castillo daba la una menos cuarto cuando

al tronco de un árbol y me deslicé a lo largo de ella. Llegado allí, desmenulé la cuerda, la até solidamente el borde del foso.

ver en el arzón de la silla y con la escala al hombro gané. Até el caballo a un arbusto cuidando de dejar el revol- a las doce y media.

pero tomando un atajo, me encontré a la orilla del bosque. Había marchado algo después que Sapt y los suyos; en no olvidar la escalera.

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

EL PRISIONERO DE ZENDA

la vida, sino que debilita su energía y le proporciona reu- matismos si sobrevive. Me arrojé en torno del cuerpo una cuerda muy larga, fina y resistente y tuve buen cuidado

quita al hombre todo su valor cuando se trata de arriesgar tomar precauciones contra el frío, pues éste no solamente permaneciera mucho rato dentro del agua y era necesario

La noche era templada; pero quizá sería menester que de aguardiente.

troto con aceite de pies a cabeza y provisto de un frasco (ker), medias de lana y ligeros zapatos de tela. Me había lana muy ceñido al cuerpo, unos pantalones «knickerbock- en una gruesa capa debajo de la cual llevaba un jersey de arzón de la silla y la espada en el cinto. Me había envuelto

nación, partí de la quinta llevando un buen revólver en el a Streisau desde el pabellón de caza la noche de la coro- Montado en el magnífico trocón que me había llevado

durante aquella noche memorable. compañeros para seguir el relato de mis propias aventuras

Ahora abandonemos por unos momentos a Sapt y sus muerto yo, el Rey tenía cinco minutos de vida.

puente levadizo, sería señal cierta de que habría muerto, y al mariscal para que atacase, pues si yo no estaba junto al Si no me encontraban allí debían volver a Zenda y avisar.

Si era oportuno y posible un ataque brusco y a viva fuerza. suponiendo que no hubiera muerto, y entonces veríamos fortaleza a fin de llegar por el otro lado, donde estaría yo,

Si a las dos no se abría ésta, Fritz daría la vuelta a la bian estar dispuestos cuando se abriera la puerta.

cerca de la entrada y guardando un silencio profundo, de- de dejar sus caballos media milla más atrás. Apostados

garian ante el castillo a las dos menos cuarto, después Si no ocurría ningún incidente, aquellos soldados lle- que había a la derecha para no pasar por la ciudad.

que tenía que ir a las órdenes de Sapt, y tomé un sendero A media noche salió de Tarlenheim el destacamento

habría muerto yo también. que si el Rey moría aquella noche, a la próxima aurora

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

EL PRISIONERO DE ZENDA

Y cuando se aventuró a decirme que mi existencia era pasar inadvertido; pero doblar el número equivalía a do-
hibido terminantemente. Un hombre solo podía en rigor
conmigo y de hijo que me siguiera de no habérselo pro-
Pero eso no le bastaba. Desataba ardientemente venir
usted.

—Allí — dije a Sapt — estará el peligro y allí estará
puerta principal del castillo al frente de mis amigos.
noche mi plan. Imaginaba, sin duda, que atacaría por la
hiciera tracción, en nada podía perjudicarnos, pues no co-
deba temer por aquel lado. Aun suponiendo que Juan nos
bre por la parte del foso? Era evidente que Miguel nada
niendo en cuenta todo eso, ¿qué podría hacer un hom-
casos hacían impracticables ambos procedimientos. Te-
dido romperla; pero el ruido que se produciría en ambos
dinamita o un ataque con picos hubiese únicamente po-
imposible moverla en ningún sentido. Una tentativa con
mente a la muralla por su parte inferior, de modo que era
ataque. El propio Juan había coadyuvado a fijarla sólida-
Habían puesto la escalera de Jacob a cubierto de todo
cieran.

se malograría mi plan; pero no era de creer que lo hi-
que recatan sobre aquella parte. Si vigilaban el estanque
podría evitar que me vieran desde las ventanas del castillo
muralla y teniendo cuidado de permanecer en la sombra,
Esperaba, sin embargo, que desfilándome pegado a la
videncia no me escuchó.

La noche se presentó clara y tranquila. Había yo pe-
cido lluvia al cielo, un tiempo borrascoso como el que ha-
cia durante mi primera tentativa en el foso; pero la Pro-

DIVERSIONES NOCTURNAS DE RUPERTO

CAPÍTULO XVII

EL PRISIONERO DE ZENDA

ANTHONY HOPE

de regreso, debía marchar contra el castillo y reclamar, al
frente de varios regimientos, la persona del Rey.

En caso de que el duque Negro no estuviese allí — y
ya preveía yo que dadas tales circunstancias no era fácil
que estuviera —, el mariscal llevaría lo más pronto posi-
ble la Princesa a Strelsau y proclamaría la traición del du-
que y la probable muerte del Rey; y luego agruparía en
torno de la Princesa a todos los hombres de buena vo-
luntad.

Tales eran, según todas las apariencias, los hechos que
debían ocurrir, pues sentía graves aprensiones y pensaba
que ni el Rey, ni el duque Negro, ni yo teníamos la menor
probabilidad de ver el día de mañana.

Pero, después de todo, si el duque moría en la pelea,
y yo, el impostor, el comediante, después de matar a Ru-
perto de Hentzau por mi mano, moría asimismo, el desti-
no no habría sido cruel con Ruritania ni aun arrebatán-
dole un rey. Y yo, por lo menos, no me sentía dispuesto
a rebelarme contra su fallo.

Era tarde cuando nos separamos después de discutir
detalladamente cuanto atañía a la expedición.

Pasé a ver a la Princesa. La encontré triste y preocu-
pada y cuando me marché me abrazó estrechamente y con-
fusa, estremecida, me puso un anillo en el anular, sobre
la sortija que tenía el sello real. En el menique llevaba
un anillo de aro de oro con esta divisa de nuestra familia:
Nil quae feci. Sin pronunciar palabra tomé esta sortija y
la puse en el dedo de la Princesa, indicándole que me
dejase salir.

Ella comprendió, se apartó y me miró con los ojos lle-
nos de lágrimas.

—No te quites nunca este anillo, ni aun cuando seas
reina y laves otro — le dije.

—Lo llevaré hasta que muera y aun después.

Y besó el aro.

usted muy seductor?
la Princesa? ¿Tiene que acapararlo todo? ¿Le encuentra
—! Confunda el cielo al duque Negro! ¿No le basta
Luego repuso, medio en broma, medio en serio:

ciencia sobre el alfilerar de la ventana.
muy halagüeña, porque Ruperto tamborileaba con impa-
No oí la respuesta de la dama; pero no debió de ser
cídase!

—El agua debe ser muy fría. ¡Ea! Antonieta, ¡de-
Ruperto se aproximó y miró las tinieblas.

—Preferiría tirarme por la ventana.
distinto que decía:

que la joven mostraba el foso con el dedo y oí de un modo
que había concebido de raptarla y huir con ella; pues vi
querir de amores a Antonieta y comunicarle el proyecto
hombre se aproximaba a ella. Era Ruperto. Debí de re-
Hice bien, pues casi en el mismo instante vi que un
no me atreví.

! Cuánto diera por poder decirle: ¡Acuérdese! Pero
tacarse del fondo claro las líneas finas de la cabeza.

Reconoci el gracioso perfil de Antonieta Mauban, y
aun cuando el semblante permaneció en la sombra, vi des-
exterior.

De súbito se abrió la ventana y alguien miró hacia el
nosos no me descubrían, sin embargo.

metro y más aún más allá de la ventana y los rayos lumi-
emplé. Colocado como estaba, mi mirada abarcaba un
cerradas y el interior me fue visible en parte, cuando me
una de las ventanas del duque. Las maderas no estaban
Hacia diez minutos que estaba allí, cuando se abrió
cia olvidar la pérdida del ataque.

la quinta de Tartenheim, con audacia tanta, que casi ha-
cho más en recuerdo de la puñalada que me propinó en
andaz enemigo Ruperto de Hentzau. Merecía eso y mu-
rió de hacer representar un papel en aquel asunto a su

EL PRISIONERO DE ZENDA

—Y si le repitiera lo que me acaba de decir? — repuso
ella.

Si hubiese tenido mi revólver, quizá no resistiera la
fuerte tentación de atizarle un balazo. Pero pensé que no
perdería nada por esperar.

—Haga lo que le plazca, aun cuando creo que le im-
porta poco saberlo. Está enamorado de la Princesa; sólo
piensa en ella y habla de continuo de cortarle la cabeza al
comediante.

Apenas acabada de pronunciar estas palabras, oí el
ruido que hace una puerta al abrirse y una voz ruda que
decía:

—¿Qué hace usted aquí, caballero?

Ruperto, vuelto de espaldas a la pared, saludó profun-
damente y respondió:

—Presentaba a la señora sus disculpas por haberla de-
jado sola.

El que acababa de llegar no podía ser otro que el du-
que Negro. Vi que era él, efectivamente, cuando se ade-
lantó hacia la ventana y cogió a Ruperto por el brazo.

—El foso es bastante grande para dos. ¿Si se me ocu-
rriera enviarle ahí para hacer compañía al Rey? — dijo
con ademán significativo.

—¿Es una amenaza?

—Las amenazas son advertencias que raras veces me
tomo la molestia de dar a las gentes.

—¡Bah! — exclamó Ruperto —. Bien ha amenazado us-
ted a Rodolfo Rassendyll y vive, sin embargo.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que mis servidores no
sepan hacer lo que se les manda?

—Su Señoría — replicó Ruperto con insolencia — no se
expone jamás a hacer mal una cosa: deja que los otros se
apañen como puedan.

Era decir claramente al duque que era un cobarde y
que no se exponía nunca al peligro.

El duque, aun cuando muy dueño de sí, se estremeció.

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

29 DE ENERO DE 1931

Delegado en Madrid: Luis Gómez Mesa

María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMERICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbarrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Primo de Rivera, 20, Irún

Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

Máximas matrimoniales

HE aquí que de Hollywood, la tierra de la inquietud matrimonial, surgen leyes que regulan un matrimonio feliz.

Esta vez es Joan Crawford, la deliciosa mujercita de Douglas Fairbanks, hijo, quien las ha tomado a pecho y llevado a la práctica, formando así un hogar perfecto que los optimistas de Hollywood señalan a los visitantes con sonrisa de satisfacción.

Y todo se debe a las seis leyes que Joan ha sacado en limpio de sus observaciones de la vida matrimonial.

Helas aquí:

1. *Tomad tanto interés en el trabajo de vuestro esposo como en vuestro propio trabajo.*

El egoísmo juega un papel de no poca importancia en la carrera artística. Joan y Douglas, empero, pasan gran parte de sus noches libres discutiendo, al calor del hogar, las mutuas labores; Joan se interesa mucho en la carrera de Douglas, y no vacila en confesar su convicción de que su esposo tiene un brillante porvenir como actor y director de cine. Y, por su parte, Douglas no trata de ocultar la admiración que su linda mujercita le inspira.

2. *No importa cuán fatigada estéis, recordad que vuestro esposo ha trabajado y está fatigado también.*

Uno de los primeros deberes de Joan, cuando regresan a casa de vuelta de los estudios, es preparar los pijamas de Douglas para que éste descansa a sus anchas, después de lo cual ella lee en voz alta mientras Douglas se ocupa en dibujar ilustraciones para su nuevo libro de versos.

3. *Haced del vuestro un verdadero hogar.*

«No hay nada que deleite más a los hombres que un verdadero hogar, el orden y la rutina del confort», dice Joan Crawford. Y, de acuerdo con su principio, ella misma ordena todas las mañanas la comida de Douglas, teniendo cuidado de hacer preparar a menudo esas pequeñas delicadezas culinarias que los hombres adoran. Va más lejos toda-

vía: cocina ella misma la comida de su esposo siempre que es necesario, y durante el tiempo que sus labores en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer le dejan libre, se entrega a la confección de pequeñas obras de arte en materia de costura: alfombrillas tejidas, colgaduras, etc.

Douglas, por su parte, nunca trae amigos a comer a su casa sin llamar antes por teléfono a Joan, y una de sus ocupaciones favoritas es preparar el café para ella.

Nuestra Portada

Billie Dove prestigia la portada del presente número con su espléndida belleza, una de las más puras y auténticas de California. Si esta "estrella" de la First National no fuere una gran actriz del cinema, se habría impuesto en la pantalla muda por el sólo mérito de su hermosura. Pero afortunadamente, en Billie se conjuntan la perfección de líneas y el talento interpretativo.

En la contraportada publicamos el retrato de otra linda mujer: Lolita Alonso, española y ganadora de un concurso de belleza organizado por la casa Gaumont.

4. *No os dejéis llevar por la cólera cuando estéis juntos.*

«Douglas y yo», dice Joan Crawford, «no siempre estamos de acuerdo. Pero cuando me encolerizo corro a mi cuarto y hablo conmigo misma hasta que me he desahogado.»

5. *Aprended a encontrar genuino deleite en vuestra mutua compañía.*

Douglas adoraba el «golf»; Joan lo aborrecía. Douglas tenía aversión por el «tennis»; Joan era una apasionada de ese deporte. Ahora, los dos se pasan muchas horas juntos jugando «golf» y «tennis».

Dan, además, largos paseos a pie, hablando de todo lo que hay de viejo y de nuevo bajo el sol.

6. *No os mostréis celoso el uno del otro.*

Ahora bien; ¿cómo se las arregla Joan para burlar ese ojiverde tema en la sinfonía de punto y contrapunto en Hollywood? Estas son sus propias palabras:

«En mis escenas amorosas, hago lo que el libreto me indica, y nada más. Y lo mismo ocurre con Douglas.»

(¿Veis como todos ellos le echan la culpa al libreto?)

«Y los hijos, la base fundamental del matrimonio», preguntó un indiscreto que había estado escuchando las máximas de conducta matrimonial de Joan Crawford.

La graciosa artista se sonrojó y se echó a reír para disimular su turbación.

«Oh!, en cuanto a eso... ya los tendremos alguna vez», balbuceó sonriendo todavía. Y en ese momento la intervención de Sam Wood, que la llamaba para dar principio al trabajo de la tarde, puso fin a la charla. Joan recompensó a Wood por su oportuna interrupción con una mirada de sincera gratitud.

Joan se olvidó de mencionar la última máxima, aquella que ninguna mujer debe ignorar. Y es ésta: No dejar que la luna de miel termine jamás. Porque, ¿quién ha oído hablar de divorcio con prioridad a la luna de miel?

Joan y Douglas no han pasado todavía su luna de miel. Han estado demasiado ocupados. Y se proponen, cuando tengan tiempo de ello, ir a disfrutarla a París.

Sales Litínicas Dalmau

EFERVESCENTES

PRODUCTO NACIONAL



«¡¡POR FIN!!

*Encontré las mejores
y más económicas»*

Para combatir la **Gota**,
Reumatismo, **Artri-**
tismo, **Estreñimien-**
to, **Enfermedades**
del Estómago, **Híga-**
do, **Riñones**, **Vejiga**,
Hiperclorhidria,
etcétera.

SE EXPENDEN EN:

VASOS y CAJAS

cristal de **12 paquetes**
para preparar **12 litros**

metálicas de **15 paquetes**
para preparar **15 litros**

de la mejor y más económica **agua mineral de mesa**

Depositarios exclusivos:

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.
Princesa, 1 **BARCELONA**

Relato esquemático de "Horizontes nuevos"

por RAOUL WALSH

(Continuación)

lla, pero al fin vencieron. Construyeron un campamento capaz para 300 personas. Nueve millas más lejos se levantó un gran edificio para albergar al resto de la troupe. El campamento indio quedó también preparado.

Siguiendo los pasos de Shaw y Miles los camiones transportaron todo el equipo eléctrico. Habíamos terminado nuestro trabajo en Sacramento, y como Shaw y Miles telegrafiaran comunicándonos que ya todo estaba preparado, emprendimos la marcha para Jackson Hole.

Desde el campamento de los Shoshones hasta las montañas Teton, el camino sigue el río Snake. En aquella región los indios mostraban su hostilidad hacia los blancos. En aquella región íbamos a filmar las escenas más espectaculares y peligrosas: el asalto de los indios, el descenso por el talud, el vado del río, la avalancha del rebaño de búfalos.

Para vadear el río, los

primitivos exploradores tuvieron que convertir sus carretas en barcas, cubriendo con telas y material inservible el fondo de ellas a fin de que el agua no les dañase los géneros buenos y los alimentos. El ganado, en gran cantidad, fué arrastrado por la corriente. El paso del río les resultó uno de los más difíciles obstáculos surgidos en su viaje.

Yo estaba completamente decidido a reproducir la escena tal como había ocurrido cien años ha.

Surgieron muchos incidentes. Los extras quedaron empapados. Algunos cruzaron a nado, a otros la corriente los arrastraba y tenían que ser auxiliados por los hombres que, montados a caballo, estaban colocados en puntos estratégicos exclusivamente para este fin, fuera del alcance de las cámaras.

Mi único miedo era ahora las escenas en que tenían que intervenir los indios. ¿Se portarían bien? ¿Obedecerían nuestras ór-

denes? ¿Estarían a la altura de los demás?

Tenía miedo y dudaba de ellos. Lo mismo le pasaba a Buchanan. Cuando hablábamos de los indios no nos atrevíamos a mirarnos cara a cara. Nuestros nervios estaban tirantes. Yo había soñado en hacer de la escena del asalto indio el momento álgido de mi producción, y ahora me sentía acobardado. El lugar destinado a esta escena estaba cerca del Snake, al Este de Idaho, no lejos de Jackson Hole, pero al otro lado de las nevadas montañas Teton.

Las primeras escenas indias, sin embargo, se tomaron en los alrededores de Moran, Wyoming. Allí, cerca de un bellissimo lago, se levantó el campamento indio.

Las cinco tribus, aunque no comprendían sus respectivos idiomas, hablaban entre ellas con el pintoresco lenguaje mímico de los pieles rojas comprendido por todas las tribus y que servía de diversión a toda mi compañía. El Brendel

quiso aprenderlo y llegó a dominarlo fácilmente, según su propia opinión y, para demostrarlo, hizo congregarse a un nutrido grupo de actores para que presenciasen su conversación con un indio al que le quería comprar la silla de su caballo, de la que Brendel estaba enamorado por tener unos bellos adornos de plata. El Brendel expuso al propietario su pretensión, y éste, sin replicar nada fué en busca de su mujer y le hizo repetir delante de ella su demanda. El volvió a explicarles con su lenguaje que quería comprar la silla de su caballo, pero que no quería pagar por ella los cien dólares exigidos por el indio. Al oír esto, mejor dicho, «al ver» esta pretensión, el indio adoptó una actitud airada, mandó a su mujer que se retirase a su tienda y se desató en improperios contra El Brendel que, naturalmente, éste no comprendió. Y como no acertaba a explicarse la indignación del indio, llamó a un intérprete para que le

enterase de ello. El intérprete habló largamente con el indio y, sin poder contener su risa, explicó:

—Ha creído que quería usted comprarle su mujer y se ha sentido ofendido por lo baja que la ha cotizado usted.

Desde aquel día El Brendel tuvo que sufrir las bromas de todos los que presenciaron la escena y que continuamente le felicitaban por el perfecto dominio del fantástico idioma mímico de los indios.

La gran escena del asalto indio se preparó con mucha nerviosidad. No tenía fe absoluta en las dotes artísticas de aquella gente. Pero pude haberme evitado aquellos ratos de pesimismo y malestar. La escena fué magnífica. Los pieles rojas, montando a pelo sus briosos caballos, con sus trajes espectaculares y su equipo guerrero, estuvieron insuperables en sus correrías por montes y llanuras, cruzando el río y bloqueando a la caravana para asaltarla.

Imitar una batalla india con centenares de hombres corriendo a galope tendido y obligados a dejarse caer de sus caballos fingiéndose heridos o muertos, no es una escena fácil y que carezca de peligros. Los caballos chocaban unos con otros. Los hombres sufrieron golpes y heridas. En la ambulancia sanitaria asistieron a nueve hombres, indios y blancos, que sufrieron heridas de importancia, aunque, por fortuna, ninguna de gravedad.

Los indios jóvenes mostraron una destreza insospechada para dejarse caer del caballo en plena carrera. Uno de ellos se tiró veinte veces en plena carga con centenares de caballos galopando tras de él, exponiéndose a ser pateado por las pezuñas de los animales a toda carrera. Yo admiraba aquella escena grandiosa, anhelante, inquieto y orgulloso al mis-

(Continuará)



Planos de Madrid

Disfraces a las fachadas

A cada película nueva que viene ya con su propaganda hecha, sigue la correspondiente mudanza.

Hoy, ese gran cinema del centro, se disfrazaba de palacio ruso de los tiempos del imperio zarista, para estrenar un film de este ambiente.

Ayer fué la subida al trono de un monarca de opereta: alfombras de apariencia lujosa, soldados bien uniformados y muy estirados y una falsedad bastante divertida.

Mañana será otra cosa semejante. Poco más o menos igual de superficial e intrascendente.

Porque ¿es que el éxito está en esos trucos de fachada, en esos disfraces a las fachadas? Nunca.

Se halla en las pantallas. Y mejor todavía: en la calidad de las cintas que se exhiben.

Para la gente que pasa por la calle en busca de espectáculos gratuitos, es buena idea esa de trasladar al exterior de los cines una muestra de lo que se programa en el interior. Equivale a los gritos y voces de los anunciadores de las barracas de feria y verbena. Y como en estas fiestas populares, sólo entra el que lo lleva ya de antemano acordado. Los demás se paran un instante a escuchar los pregones y, satisfecha su limitada curiosidad, continúa su camino.

¡Señoras y señores! ¡Público respetabilísimo! ¡Damas y caballeros! ¡Atención! ¡Aquí sí que ofrecemos sensacionales atracciones. ¡Convénzanse por sus propios ojos! ¡Adelante! La taquilla es esa de la derecha...

Aunque no en esa misma forma, ni tampoco con esa exactitud, así parece que gritan las muchas luces de las fachadas de los cines. Esos llamativos anuncios luminosos que concretan el título de la película y los nombres de sus protagonistas, o en su defecto, un rotundo adjetivo:

Greta Garbo. «El beso».

«Tempestad». John Barrymore.

«Sin novedad en el frente». Formidable.

Risa obligada. Oliver Hardy-Stan Laurel.

«El gran charco». ¡¡¡Chevalier!!!

«El rey del jazz». Maravillosa.

Etcétera, etc...

Y como complemento de los definidores letreros escritos con bombillas de los más vivos y variados colores, se destacan los decorados, los disfraces de las fachadas.

Y en sustitución de los muñecos de música mecánica y monótona que antes servían para herir los oídos de los transeúntes, unos potentes altavoces lanzan sin descanso los números de canto y baile de mayor interés de la producción sonora del día o de la actualidad.

Nuestro público nada tiene que envidiar a sus compañeros de los principales países.

Cuanta película famosa se presenta entre nosotros alcanza idénticos honores de propaganda que si esto sucediese en Londres, París, Berlín, Viena, New York, Buenos Aires...

Y es que nuestros empresarios, por fortuna lo comprendieron al fin, no quieren ser menos que sus colegas del extranjero. Y con tal seriedad cumplen este deseo, que incluso en el precio elevado de las localidades son ya sus repetidores.

La mejor información gráfica.

Los artículos y reportajes de cine más interesantes y amenos.

La mejor novela cinematográfica.

La revista de cine mejor editada en huecograbado.

Esto es "Popular Film".

Pero mientras el público lo tolere, ¡nuestras mejores felicitaciones para aquellos que engañan y explotan la tontería de sus habituales al denominarles «aristocráticos e inteligentes»!...

Repaso a las carteleras

En Real Cinema: «Misterios de Africa». Aventuras de una expedición yanqui a través del continente negro. Perspicazmente recomendada por el Comité Español de Cinema Educativo. Triunfo absoluto de espectadores.

Callao: «Tempestad», por Camila Horn y John Barrymore. Partidista y antipática por su tendencia burguesa. Exceso de reclamo. Desilusión, por ende, para los que esperaban una excepcionalidad inexistente.

Palacio de la Música: «El ángel azul». Demasiado lenta. Pero estupendamente dirigida. La interpretación de Marlène Dietrich aventaja a la de Emil Jannings. ¡Magnífica actriz esta belleza alemana y admirable piernas las suyas!

Avenida: «Tempestad en Asia». Pudowkin siempre. Y la producción soviética por encima de todas. Es un trallazo al fuerte, al de arriba, de efecto seguro y convincente.

Rialto: «El gran charco», por Maurice Chevalier y Claudine Colbert. Si «El desfile del amor» supera a «La canción de París», esta de ahora es casi un retroceso.

Palacio de la Prensa: «Redención», según la obra del conde de Tolstoi, «El cadáver viviente». ¡Lástima de película que se desaprovechó, que se perdió! ¡Y lástima de León Tolstoi, de Fred Nibblo y de Renée Adorée, Eleanor Boardman, John Gilbert y Conrad Nagel!

Royalty: «El vigía». ¡Qué hermosa, pero qué sosa es esta yanquilita que responde por Billie Dove!

San Carlos: «Sin novedad en el frente». Las escenas del combate bastan para otorgarla el premio, que ganó en reñida lid, de la mejor película del año 1930. ¡No deje de contemplarla!

Pardiñas: «El último de los Vargas». Dialogada en español por Jorge Lewis y Luana Alcañiz. ¡Qué pena que no sea gente de aquí, de España, y aquí, en España, quien efectúe cintas tan entretenidas como esta, pese a todos sus defectos, que los posee y en abundancia!...

San Miguel: «Monsieur Sans Gêne». Por cualquier lado que se la examine, preferible es la «Madame Sans Gêne», de Gloria Swanson, que esta invención e inversión del galancete Ramón Novarro. ¡Pobre de Dorothy Jordan que lo sufre con una sonrisa de perfecto candor!

Tivoli: «El hombre malo». Antonio Moreno resulta un modelo de bandidos generosos y el discreto actor de costumbre. Un aplauso de fineza para Rosita Ballesteros.

Latina: «El precio de un beso», por José Mojica, Mona Maris y Antonio Moreno. ¡Y para cuándo se reservan las burlas y las protestas?... Es un ejemplo de ridiculez.

Monumental: «Tarakanowa». Presentación fastuosa. Ameno enlace de la historia y la anécdota. Bellísima E'th Jehanne en su doble papel de princesa y gitana.

Y paremos de contar. En Príncipe Alfonso, Goya, Europa, Salón Doré, España, Argüelles, Dos de Mayo, Cervantes, Chueca, Cinema X, Proyecciones, Ideal, Bilbao, Madrid, Pavón, Chamberí, Gran Metropolitano y Delicias—acaso se olvide alguno—se reestrena con excelente tino.

Y en la blancura de la luna se proyectan todas las interminables fantasías que nuestros cineastas sueñan y anhelan verificar. Pero lo probable es que se quedan en eso: en fantasías lunáticas, en vuelos sin campos de aterrizaje y, por tanto, en irrealidades e irrealizaciones.

EL ÚLTIMO

Tocando a su fin la novela

El prisionero de Zenda

que venimos publicando en forma encuadernable, anunciamos a nuestros lectores la inmediata publicación de la segunda parte de esta interesantísima obra de A. Hope, titulada

Ruperto de Hentzau

que contiene episodios realmente emocionantes.

EDICIONES y PUBLICACIONES IBERIA, de Barcelona, nos ha concedido el derecho exclusivo de publicación, tanto de

El prisionero de Zenda

como de su segunda parte

Ruperto de Hentzau

Para encuadernar dichos tomos

Popular Film

regalará a sus lectores unas magníficas tapas.

Correo femenino

Modernidad, belleza, artificio

Ninguna mujer tiene por qué ser fea hoy día, si posee paciencia, un valor a toda prueba y unos cuantos miles de dólares que poder invertir en el mejoramiento de su físico.

Por muchos siglos, la belleza física ha sido considerada como don divino. Las feas cedían el paso a las hermosas, confiando en tener mejor suerte en otra reencarnación.

El arte de la cirugía plástica ha progresado tanto ya, que cualquier dama puede aspirar a competir en belleza con la Venus de Milo.

Hay, empero, algunos defectos que podemos llamar básicos, los cuales no pueden ser remediados ni con todo el oro del mundo, y entre éstos están la falta (o la sobra) de estatura. Un afamado cirujano que refería hace pocos días cómo llegaban con frecuencia a su consultorio muchachas de seis pies de alto, desesperadas porque la única que les veían sus compañeros de baile era la coronilla.

A pesar de su ciencia tuvo que contentarse nuestro héroe con recomendarles no lucir trajes demasiado infantiles, y escoger mejor a sus parejas. Las demasiadas bajas no se preocupan tanto como las altas, pues poniéndose a régimen para reducir su peso aparentan ganar algunos centímetros a fuerza de esbeltez.

Los pómulos salientes son otras de las características que a duras penas pueden ocultarse. Los cirujanos considerados como más hábiles en esa línea de negocios, rehúsan intervenir de manera radical en la supresión de los pómulos cuando éstos son demasiado pronunciados. Existe, sin embargo, el recurso de la pintura, pues gracias a ella las líneas de los pómulos se hacen armonizar fácilmente con el resto de las mejillas. Por lo visto, la osamenta facial es algo rehacia en acceder a los deseos de las damas, pues los cirujanos que se han especializado en la profesión de transformar fieras en bellas, no dejan de tener una peligrosa reacción natural.

El tratar de enmendar el grueso de los tobillos, implica también serias dificultades. El mismo cirujano que me diera sus impresiones sobre el problema, manifiesta que los tobillos exageradamente gruesos pueden disminuir, siempre que el grueso consista en los tejidos, o bien si es la formación del hueso la que desfigura la línea, puede tratarse de que la pantorrilla engorde. Si los dos sistemas fallan, la paciente deberá limitarse a llevar medias de seda negra en vez de los tonos claros, hoy día exigidos por la moda.

Habiendo así pasado ligeramente en revista, los principales obstáculos inamovibles del asunto, toda dama interesada en estudiar el problema, puede proseguir, en la seguridad que los demás defectos casi todos tienen remedio.

Un curso gimnástico adecuado puede perfectamente prestar esbeltez y soltura a un cuerpo poco gracioso, tosco de modales o desairado. La que realmente se preocupa por su belleza, puede perfectamente dominar sus deseos, sus impulsos y hasta su natural talento. Todo esto implica gran sacrificio personal y puede que pasen muchos meses, antes de que la víctima voluntaria vea el resultado práctico de sus esfuerzos. La que sinceramente desee embellecer, puede, sin embargo, obrar casi milagros con su cara y su cuerpo.

Con la gran facilidad que existe hoy para ondular el cabello de mil maneras, no hay excusa posible para llevar el pelo lacio o mal arreglado. Sólo estando perdida en los bosques de África, puede una dama excusarse de llevar la cabellera mal arreglada. Pasaron a formar parte de los cuentos de hadas los

tiempos en que las niñas comían zanahorias en la esperanza de que con ello se rizaría su cabellera. El dinero que antaño se invertía en zanahorias, se va hoy a casa del peluquero.

El segundo problema que toda candidata a bella confronta al mirarse en el espejo, es sus ojos. Supongamos que son de ese tinte indefinido de gris, verde o castaño, que tantas canas ha sacado a los cónsules cuando quieren extender un pasaporte muy exacto. No pecan por su tamaño. Se hallan, además, rodeados por unas cuantas pestañas dispares y unas cejas que parecen robadas a un perrillo faldero.

La operación sería como sigue: En primer lugar, las cejas rebeldes se pondrían en su sitio, merced a una abundante aplicación de cera caliente. El especialista vierte la cera con una cucharita, sobre todo a las cejas que se desea eliminar. Se le deja enfriar, y luego, de un tirón que hace ver estrellas a la paciente, se arrancan como por encanto.

Muchos especialistas alegan que la cera caliente es mejor que la navaja, porque debilita la raíz y no engruesa la ceja. Las cejas normales, sea dicho de paso, parecen estar volviendo a ser bien recibidas por la moda. Las elegantes han comprendido al fin que las cejas demasiado delgadas, como pincelazos, hacen que el ojo se vea más pequeño, y las demás facciones de la faz más grandes. En los únicos tipos en que van bien tales cejas es en las caras de una blancura verdaderamente de cera, y la ceja delgada es en sí propiedad de este tipo particular de belleza.

Algunas valientes han insistido en que se les haga una pequeña rajadura en los ángulos de los ojos para pertenecer al gremio de las de ojos grandes. Los cirujanos consideran esto como un serio error. No crecerán pestañas en los bordes del ojo extendido de tan singular manera, y la falta de membrana protectora hará que subsista una irritación permanente.

Es muy preferible causar una ilusión de engrandecimiento merced a una cuidadosa extensión de la pupila con tinta china. Esta se usará pintando el borde de las pestañas. Hay varios tratamientos a base de vaselina, que provocan vitalidad en las pestañas. Esto, naturalmente, toma tiempo, y si la futura bella no quiere esperar, puede enderezar las pestañas que posea, dándoles, además, brillantez adecuada, respaldándoles con una fila de pestañas postizas, que pueden pegar en la orilla del párpado. Esta operación requiere gran cuidado para que queden bien pegadas. ¡Imagínese qué apuros pasaría una dama si se le cayeran las cejas postizas en su plato de sopa!

Siguiendo el examen de la fisonomía, nos encontraremos luego con la nariz. Sea cual fuere su forma, grande, pequeña, achatada o aquilina, la cirugía puede transformarla en obra casi perfecta. Si la nariz posee algún promontorio demasiado agresivo, puede removerse con una sierra diminuta. Si parece o está realmente hundida, se le inserta un puente de marfil. Este elemento parece el más adecuado para esta clase de operaciones, dando mejor resultado que la parafina o los puentes de metal. La parafina, con frecuencia, comienza a derretirse y escurre por el interior de la nariz.

Si la dama posee una boca muy grande, el mal puede enmendarse con dos puntadas en las comisuras de los labios. Esta es una operación delicadísima.

Los labios demasiado gruesos se eliminan haciéndoles una especie de costura en el inte-

rior. Sin embargo, el uso de la pintura es mucho más generalizado, pues encubre muchos defectos que pudiéramos llamar constitucionales.

Si los labios son demasiado angostos, pueden pintárselos anchos. Si son demasiado largos, puede terminar la línea antes de tocar el final.

Hay varias opiniones contradictorias en cuanto al mejor tratamiento para la barba. Un cirujano ha declarado que una barbilla hundida puede ser enmendada gracias a la adición de un hueso de buey. Alguien repuso que esto no daría los resultados apetecidos, porque los tejidos de la mandíbula absorberían pronto el hueso, el cual cambiaría de forma y de lugar. Observó, además, que una barbilla hundida puede hacerse aparentar más pronunciada con el empleo de polvos más claros que los usados en el resto de la cara.

Es casi inútil recomendar a una aspirante a bella remedios para la tez, siendo más que probable que los habrá empleado todos. Una dama con mal cutis es tan rara de encontrarse hoy día como un par de mitones. En caso extremo, si estuviera descontenta de su cutis, le quedaría el remedio dejándose crecer una nueva tez.

Gracias a los adelantos de la cirugía, ya no habrá razón para ser fea, siempre que las interesadas dispongan de los elementos necesarios a su transformación.

Estafeta

Carmen Cachorro. — Ceuta. — ¡Son tantas... tantas las que como usted aspiran a verse en la pantalla!... En fin, mande su retrato y veremos.

Ricardo Pereira. — Madrid. — Estese usted quieto en su casa; instrúyase, que buena falta le hace si de veras quiere lanzarse un día por los caminos del mundo.

Cinófilo. — Burgos. — Su articulo no está ni bien ni mal. De todas formas es tanta la colaboración que tenemos, que no es posible publicar nada de un espontáneo, fuera del caso excepcional de que sea sumamente interesante.

Juan Jarrón. — Albacete. — ¡A la escuela, a la escuela, niño!

José R. Aceytuno. — San Fernando. — Siga usted cultivando los deportes que dice practicar y le será más útil que dedicarse al cine.

Pedro Brunet. — Vich. — Estas son las direcciones que solicita: 1.ª Quinta Moreno; 2.ª 5451 Marathon St.—Hollywood 2400; los dos en Hollywood (California). Y 3.ª M-G-M Studios, Culver City.—Empire 9111, Nueva York.

J. S. Félix. — Vallcarlos. — ¿Qué necesita para ser artista? Una sola cosa: valer.

Enriqueta Fernández. — Cádiz. — Ese conocido suyo la ha informado mal. En esta revista no ha aparecido ningún anuncio en el que ninguna casa cinematográfica solicite obras de teatro y novelas. ¡Pero, señor! ¿Cómo puede leer la gente lo que no se ha publicado?

Ricardo Pereira. — Madrid. — Nos es imposible contestarle por correo. ¡Figúrese usted que recibimos diariamente 40 ó 50 cartas por el estilo de la suya! ¡Ah! Un consejo: no piense usted en ser «satélite» de la pantalla; es más cómodo y práctico dedicarse a ser sencillamente un buen chico.

María Martí. — Tortosa. — Las fotos que a usted le interesan no creemos que estén a la venta. Diríjase en todo caso a las interesadas por si quieren enviárselas, lo cual es difícil, porque no se gastan dinero en propaganda.

Ricardo Delgado. — Córdoba. — No nos interesa publicar ese anuncio... y menos sin que usted pase por la Administración. De todas maneras, gracias por los elogios que dedica a esta revista.

Anastasio Arnaiz. — Durango. — Ignoramos la dirección de ese director, y casi ignorábamos que sea director de películas; lo que se llama, realmente, director.

Marianito. — Dice usted: «Mi tipo es arrogante y perfecto, nariz romana, ojos rasgados de moro, poseo una voz celestial de barítono, y tengo varias copas ganadas en concursos deportivos, etc., etc.» Decimos nosotros: «¿Pero es posible que haya en la tierra un ser tan perfecto? Si así es, le aconsejamos se presente en algún concurso de belleza, pero del sexo masculino. ¿Entendido? Pues, adiós.

DESDE BERLÍN

Una racha de estrenos con clamoroso éxito. - Y de versiones españolas, ¿qué? Pues de versiones españolas, ¡nó!

ALEMANIA está de suerte. Es decir, una suerte a medias, como pudiera decirse, ya que la angustiosa situación económica que atraviesa el país hace sentir sus efectos en el ambiente cinematográfico. Pero, sin embargo, el hecho de lanzar al mercado películas de calidad superior aminora en mucho la crisis y hasta puede decirse que, en muchos casos, nunca los cines se vieron tan concurridos como en la actualidad. Cuando el espectáculo vale, van al cine los que pueden pagarse ese «dujo» y van también los que a costa de sacrificios enormes pueden reunir el dinero. Cosa que no ocurre cuando las cintas son mediocres. Y de ahí el caso raro de verse a diario, en un buen número de cines en donde se pasan las citadas producciones de mérito, las entradas agotadas, detalle que hace sonreír incrédulamente al extranjero que, oyendo hablar a diario de la espantosa crisis en que se halla sumido el pueblo alemán, ve el cartelito consabido: «Ausverkauft» («Todo vendido»).

Entre las producciones alemanas que han realizado este milagro hay que citar: «El trío de la bencina», «Ladrones», «El concierto de flauta de Sans-Souci» (producción Ufa); «Hans por todas partes» (producción Carl Fröhlich); «Una amiga tan dulce como tú» (producción Ondra-Lamác); «El señor que se alquila» (producción Super-Film); «Su Majestad el Amor» (producción Joe May, estrenado anteayer con éxito triunfal); «Alraune» (producción Richard Oswald).

Además, hay otras varias cintas que, aun no habiendo obtenido tan clamoroso éxito de prensa como las citadas, se mantienen en los carteles un puñado de semanas y llenan las taquillas. Citar sus títulos sería impropia tarea.

También la producción extranjera ha contribuido mucho al triunfo cinematográfico actual en Alemania, en particular América, con su «Parada del amor», «Sin novedad en el frente» (todavía prohibida por la censura), y dos películas de expediciones de exploradores que constituyen un par de documentos sensacionales: «La exploración del Polo Sur», por Byrd, y «Habla África, el paraíso infernal», cuyos acontecimientos en el desierto africano, en medio de los leones en plena libertad, causan en el público una sensación profunda, en particular el momento en que un león se lanza sobre un pobre negro, le echa la zarpa encima y lo devora. Es horrible, sí, pero verídico. De ahí su mérito. Sin trucos. Arriesgando todos los expedicionarios sus propias vidas a cada minuto y luchando al descubierto con las fieras.

Con producciones como las citadas, la industria alemana no tardará mucho en colocarse a la cabeza de los países cinematográficos.

En Berlín se hacen muchas películas en lenguas extranjeras, con artistas de los países respectivos. Con lo que los países pequeños y también los grandes, gozan de la inmensa ventaja de obtener una cinta grandiosa por poco dinero. La Ufa suele rodar sus producciones en alemán y en inglés al propio tiempo, para lo que los ingleses mandan aquí a un director escénico y a sus actores; también en francés y en alemán, por el mismo método, con la variante de que la excelente actriz Lillian Harvey interpreta el mismo personaje en los tres idiomas: alemán, inglés y francés, que habla muy bien. Lo mismo otros actores y actrices de cuadro. Otras casas ruedan en alemán y en checo, como las producciones de Anny Ondra. Otras lo hacen en italiano, en alemán y en polaco. Y ahora hay una sociedad que pro-

duce la misma cinta en alemán y en las tres lenguas escandinavas: dinamarqués, sueco y noruego. ¡Hasta ahora, todas las partes contrayentes están encantadas con el procedimiento!

Y de España, ¿qué? Pues de España, ¡nó!

Una sola película se hizo, cuyo argumento nada tiene de español: «El amor solfeando». Y basta. Los productores alemanes dicen: «Ya sabemos que la lengua española es hablada por unos 120 millones de almas, sí, ¿pero qué nos importa esto, si no hay ninguna casa en España que se decida a imitar a los demás países, entrando en estas combinaciones ventajosas de versiones? Nosotros no podemos producir «a ciegas», sino por medio de contratos. Así, esperamos a que hablen las casas españolas».

Y digo ahora yo: «¡Esperen ustedes sentados, que se van a cansar!».

ARMAND GUERRA

Berlín, enero 1931.

Entre la crenolina y el tricornio

por RENATA MÜLLER

SON las cosas de la vida... cinematográfica. Apenas me acababa de quitar el traje de tirolesa que, para ordeñar las vacas según las reglas del arte, había de vestir en «El Gran Tenor», y el destino de mi carrera me obligaba a vestir el miriñaque de una comandantesa de los tiempos de Federico el Grande. El cambio de traje, claro está, sería lo de menos. Pero es que le piden a una que, con el traje, cambie de alma y de temperamento. Y esto ya es algo más difícil, aun cuando, desde luego, se hace lo que se puede.

Pocas prendas habrá en el mundo tan lejanas del espíritu de nuestra época en general—y del mío en particular—como el miriñaque. La crenolina no es de nuestro tiempo. ¿Qué iba a hacer yo, pobre de mí, aprisionada en esa fortaleza de almidón? Pero en el mundo todo es cuestión de ambiente. Lo que me parecería imposible en mi casa o en la casa de un amigo, o en un automóvil, o por las calles de Berlín, me pareció en seguida perfectamente plausible en el Postdam del siglo xviii, en el hogar de mi marido—un comandante de la guardia—en el Palacio Real, en los jardines del Real Sitio, en las calesas de dos caballos—nada más—que eran entonces el medio de transporte de que se servía la gente elegante.

Se trataba de adaptarse. No había más remedio que renunciar a todo lo que constituye hoy el orgullo de una mujer moderna: la línea, la sencillez, el desenfadado, la elasticidad. Vestir el miriñaque quiere decir, de momento, cambiar el modo de andar, renunciar a esos pasos de resorte que son, en nosotras, la naturalidad misma—so pena de caerse. Hay que aprender a mover los pies y el cuerpo de otro modo. Y sobre todo hay que aprender un nuevo orden de relaciones entre el propio volumen y el espacio ambiente. Estamos acostumbradas a disponer de mucho espacio para nuestros sutiles cuerpos que apenas ocupan lugar y nuestras antepasadas del siglo xviii tenían la habilidad extraordinaria de hacer pasar sus dilatados cuerpos—sus miriñaques—por los lugares más angostos. Una dama del siglo xviii ha de saber pasar, graciosamente desde luego, con su falda de un metro ochenta, a través de una puerta de un metro veinte. Mientras no haya conseguido ejecutar limpiamente este juego de manos—sería más exacto decir de pies—no podrá decir que es una dama del siglo xviii, aunque sea una actriz del siglo xx. El sentarse según las leyes de la etiqueta y las buenas formas que en la época de Federico el Grande prevalecían, tampoco es cosa fácil. Hoy se sienta una de cualquier modo (es un decir, una no descuida de sacar el mejor partido de sí misma incluso en el momento de sentarse, pero lo hace maquinalmente). En el siglo xviii se sentaban las mujeres con gracia y solemnidad—y sin aplastar el miriñaque—se tenía que hacer. Hubo que hacer ensayos especiales. ¡De pie! ¡Sentarse! ¡De pie! ¡Sentarse! Como en el campo de ejercicio militar. Sólo que el sargento—el

director de escena—renunció, e hizo bien, a las bofetadas como método de instrucción. Con paciencia también se logran buenos resultados. ¿Buenos? Así lo espero por lo menos. ¿O es que yo no me siento como una dama del siglo xviii en la película de la Ufa, «Un concierto en Sans-Souci? Quien tal pretenda que levante el dedo y tendrá que habérselas conmigo».

Tan difícil casi como el sentarse fué el tocarse. Es decir, para los que no están familiarizados con el lenguaje de los clásicos, el ponerse el sombrero. De tres picos, naturalmente. Sobre una silla de mi camerino aguardaba el tricornio a que me apoderara de él para situarlo sobre mi cabeza. Un tricornio es un instrumento rígido y, por lo tanto, completamente extraño al espíritu de la moda de nuestro tiempo—toda ella inspirada en la fluidez y en la ductibilidad. ¿Cómo ponérselo? Todos los ensayos resultaban—para mi gusto—catastróficos. Hasta que me decidí a descoser las puntas para quitarles un poco de rigidez. Era, evidentemente, lo que hacía falta. Para una mujer de nuestro tiempo el tricornio tiene que ser, naturalmente, un poco redondeado, un poco flexible, de modo que se adapte bien y permita dar elegante salida a unos cuantos rizos sobre la frente. Al presentarme en el taller el éxito fué general, pero no exactamente del carácter que yo esperaba. Muchas sonrisas que, de momento, tomé por cumplidos, pero al llegar ante el director de escena, mis ilusiones se fueron inmediatamente por los suelos. «Este sombrero te lo has puesto en serie!», me preguntó sin rodeos Gustav Ucicky. Me abstuve de contestar y me declaré dispuesta a quitármelo en seguida. «Un tricornio—continuó diciendo el severo director—hay que saber ponérselo con decisión y calárselo hasta que sólo quede visible la punta de la nariz. ¿Has comprendido?»

Había comprendido perfectamente y me incliné. Pero, pensando que en el mundo todas las modas vuelven, guardé para mis adentros el vivo deseo de que la moda del tricornio tarde en resucitar lo más posible. Hasta que la moda haya cesado de interesarme.

Una frase y un título

SIDNEY HOWARD, que dió a la escena las obras «They Knew What They Wanted» y «The Silver Cord» y a la pantalla «El capitán Drummond», estaba almorzando con Gloria Swanson, en Hollywood meses atrás. Ella le contó el argumento de un nuevo film cuya autora era Josephine Lovett.

«¿Que viudita!» exclamó Howard, al terminar la narración.

«¿Que título!» exclamó a su vez Gloria Swanson.

Y así fué bautizado el film estrenado con gran éxito en el Rialto de Nueva York, hace algún tiempo.

• popular film •

1

MUSEO DE BELLEZAS



PGP 115646

Clara Bow

Estrella de la Paramount.

Ayuntamiento de Madrid

MUJERES DEL CINE

**JOYCE
COMPTON**

Esta bellísima actriz de la Fox, ha elegido una "pose", que nos descubre una de sus aficiones favoritas: la pintura. Según nuestras referencias, Joyce cultiva con bastante acierto el arte de Rubens y de Goya, lo cual no es lo mismo que pintarse sola, pues esto lo hace en nuestra época la muchacha más antipictórica.

pantalla cómica

Epistolario de un paleta

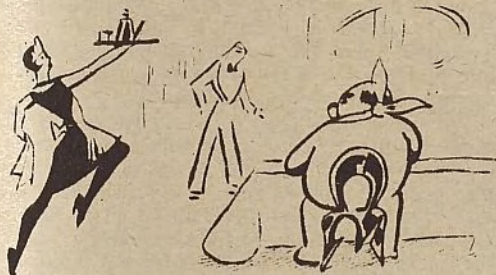
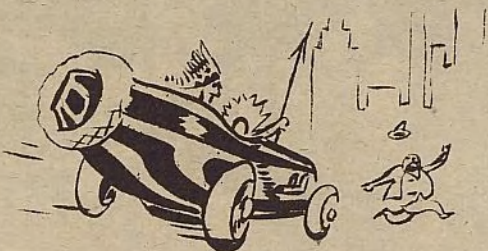
Primera carta

AMADA Cirila: Estoy encantado de esta ciudad, adonde espero hacer pronto carrera, pues otros más brutos que yo—aunque a ti te parezca mentira—la han hecho.

Para que te des una idea de como es esto te diré que aquí todo parece de película. Te contaré mis primeras impresiones de Hollywood para que te vayas haciendo cargo.

Esta mañana he bajado a desayunar al comedor del hotel y me ha servido una camarera tan elegante y pulida, que ríete tú de la señorita más empingorotada de ese pueblo. Pero esto sería lo de menos. Lo verdaderamente asombroso es que te lo sirven todo bailando al compás de la música, sin que se les caiga nada de lo que llevan en la bandeja. ¡Un verdadero alarde de equilibrio! Y no creas que lo que aquí tocan es tan ramplón como las piezas que se saca de la cabeza—supongo que será de ese sitio—el maestro Guerrero, pongo por músico. ¡Quíá! Esta

te calientes los cascotes. Pues a Colleen Moore, esa artista de cine que a ti tanto te gusta. Ahora que he de decirte que no es tan guapa, ni mucho menos, como tú te figuras. Como que la vi desnuda, o cosa así, puedo asegurarte que está completamente «escurrida». No la cambiaría por ti, no Cirila. Tú estás metida en carnes... y tienes lo tuyo, pero lo que



música suena a gloria, por lo que supongo que es de esa que llaman por ahí música celestial. Tiene, además, la ventaja de que te ayuda a hacer la digestión.

Después de desayunar me fui dando un paseo a la Playa de Santa Mónica. ¿Y a que no aciertas a quién vi en la playa en traje de baño? Bueno, te lo voy a decir para que no



es ella no tiene lo tuyo, puedo asegurártelo, ni lo suyo siquiera.

Me marché «desilusionao» de la playa, que tan mal está, de vistas, sin querer tomar un bote de los que me ofrecía con insistencia un botero sólo por el gusto de marearme, y no había andado veinte pasos cuando pegué un bote para que no me atropellara un auto en el que iban unos pieles rojas. Del salto se me cayó el sombrero que fué a parar a los pies



de un joven muy simpático, que me lo entregó sonriendo, y me dijo que se llamaba Charles Chasse, para lo que quisiera mandar.

Ya en otra calle presencié un espectáculo que no me atrevo a describirte. ¿Te acuerdas de aquello que contó don Canuto, el boticario, que pasaba de noche en las esquinas de algunas de las calles de la capital? Pues eso mismo; ya te harás cargo.

Aburrido decidí meterme en un café, pero



antes de llegar vi a aquel actor de las gafas sin cristales haciendo de hombre mosca en un rascacielos. Menos mal que acabé bien la mañana, porque en el café me hice muy amigo de ese cómico del bigotito y el bombín, que a ti te hace reír las tripas. Ya sabes quién te digo: Charlot. Se me figura que Charlot me va a servir de mucho para que me admitan en un estudio. Es un tío muy influyente y parece que me ha tomado ley.

A otra te escribiré más largo y tendido. (No eches a mala parte esto último.) Sabes que te quiere, este que lo es, Bartolo.

Por la transcripción:

CELULOIDE

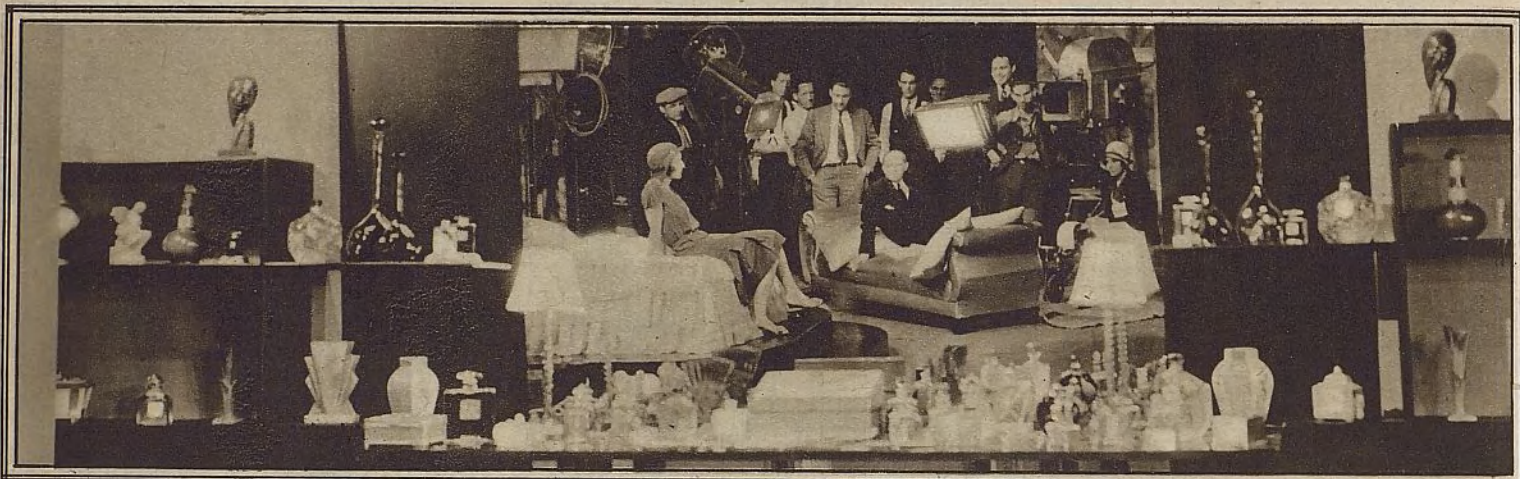
PLANOS DE NUEVA YORK

El vestido de Joan Crawford, la seriedad de Richard Barthelmess y la puma

La actualidad cinematográfica de Nueva York no ofrece grandes novedades. En Nueva York no se divorcian las artis-

tas. A lo sumo alguna estrella como Joan Crawford, aburrida de Hollywood, toma el tren, adquiere una novela detectivesca que es

la literatura que ahora priva y llega a Nueva York. La gente no se agolpa en la estación. Algún viajero a quien le faltan unos segundos



Original
fotografía
de
una
escena
de
la
filmación
de
una
película
con
Joan
Crawford,
reflejada
en
la
luna
de
un
espejo.

Joan
Crawford
es
famosa
por
la
elegancia
de
sus
vestidos.

para la salida del tren, pasa a su lado empujándola con la maleta. Los altos empleados de la oficina de la Metro la colocan en un «taxi» como colocarían un jarrón japonés o un preciado bargueño.

Al día siguiente inevitablemente el correo me trae una misiva. No es de Joan Crawford, y si fuera, ¿piensa el lector que cometería la indiscreción de revelarlo? En los pocos artículos que van quedando en mi código privado del honor, figura todavía la discreción amorosa. Lo lamentable es que acaso no tengo nunca ocasión de ejercerla.

Es una carta de la Metro. A las cuatro y media «nuestra famosa estrella» se dispone a recibir a los periodistas. A las cinco tendrá que acudir probablemente a la modista, y a las cinco y media sorberá un té en el Ritz-Carlton. La candidez de Joan es enorme. ¿Esperará la ilustre artista encontrarme puntual a la cita como la modista y los camareros que le sirvan el té? ¡Menuda desilusión va a sufrir Joan! Suponiendo, claro está, que una artista cinematográfica puede sufrir desilusiones de esta índole, y suponiendo que Joan Crawford me conociera. Hasta la fecha no me ha invitado jamás a los té del Ritz-Carlton. No sabe la enérgica actriz lo que pierde.

Pues bien; Joan Crawford está en Nueva York y por ahora sólo conozco que la otra tarde acudió a una función de tarde de una revista musical vestida con elegante traje de crespón verde. Por mí ya podía ir vestida de esquimal; pero conviene advertir este detalle a las lectoras admiradoras de la señora de Douglas Fairbanks, hijo.

Otro de los pequeños acontecimientos no los proporciona Richard Barthelmess. Sobre la pantalla del Winter Garden está haciendo de bandolero español en una película cuyo título primitivo pensaba ser «Adiós», por haber sido tomada de una novela del mismo nombre. Al traer la película a Broadway decidieron cambiarle el título. «Adiós», para los no versados en la lengua nuestra, semejaba una de esas palabras cabalísticas que es necesario pronunciar en Nueva York para tener acceso a ciertos «speakeasies». Al ser refundida al español, sin duda aparecerá con el título «Adiós», y puede que muchos espectadores lo repitan de modo irónico.

Al parecer, cuando se hizo el reparto de «The Lash»—«El látigo», título actual de «Adiós», no quedaba en Hollywood un solo español. Habían huido al África Septentrional a pasar las Navidades. El lector se resiste a creerlo; pero se me puede ofrecer una explicación más satisfactoria por la que conceden a Richard Barthelmess la interpreta-

ción de un personaje, cuyo idioma y costumbres desconoce?

En la película, que es un episodio de la primitiva California a raíz de la dominación norteamericana, se le ve encarnar el tipo de un bandido terrible: «el puma». En ocasiones, por su carácter violento, excesivamente violento, más que el apelativo de «puma» se adaptaría el de «gato a quien pisan el rabo». Barthelmess es un actor que ha tomado el cine con seriedad de letrado. Cuando ríe lo hace a regañadientes, como si unas manos invisibles le estuvieran hormigueando en las axilas. Del mismo modo que se han filmado varias películas tomando la figura de Napoleón como protagonista, algún día se intentará perpetuar la expresión zoológica de Mussolini. Su seriedad de tigre nadie la interpretaría en Hollywood con mayor veracidad que Richard Barthelmess.

Sería injusto proclamar que Richard Barthelmess no es un excelente actor. Lo es; pero en lugar de parecer que suele estar en carácter, más bien refleja la idea de estar «con carácter». A pesar de carecer de ángulo facial y ser su amplio rostro una curva prolongada, se observa que será un padre durísimo, y la expresión de su rostro sería el mejor antídoto para la risa y la alegría de los niños.

En la película «Adiós» quien merece plácemes es la puma. Ignoro de dónde diablos la han traído, pero se presenta tan domesti-

cada, tan civilizada diría, que yo no vacilo en augurar que acabará por poner casa en Hollywood. Para convertirse definitivamente en estrella, sólo precisa de unos amores escandalosos. Yo aconsejaría a la puma un viajecito al parque zoológico de Nueva York. Hay algunos varones de su especie que nos hacen profanar la memoria del infortunado Valentino.

No quiero terminar esta crónica sin volver sobre Joan Crawford. No vino sola. Trajo a su marido, Douglas Fairbanks, hijo, y, ¡oh, sorpresa! Este viene con el pelo cortado.

AURELIO PEGO

Nueva York, enero.

Joan Crawford, la bellísima artista de la M.-G.-M., en compañía de la campeón de «tennis» Helen Vills.



HIPERBOLIT



ANTENACINEMATOGRAFICA DE PARIS

Demostraciones logradas con el "ciclo español"

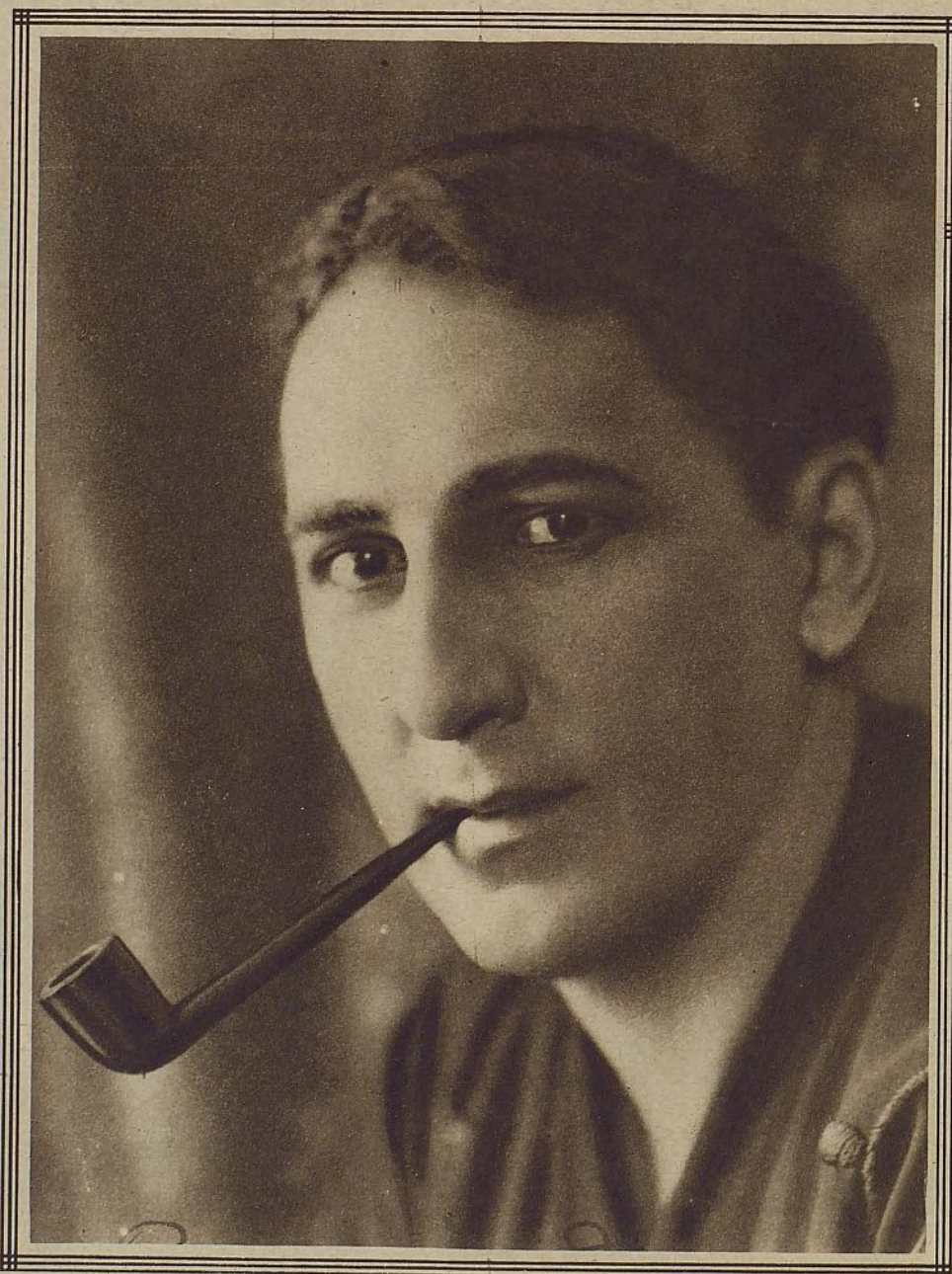
ANTE todo, permítasenos, sin embargo, la afirmación de nuestra posición con respecto a «La aldea maldita», film hispanoparlante y eje, a cuyo alrededor se han agrupado los demás elementos, del «ciclo español», presentado en la Sala Pleyel, de París. Después de mis sucesivos artículos sobre el film, aparecidos en «El Sol» y «La Gaceta Literaria», de Madrid; en «La Semana Gráfica», de Valencia, y en estas mismas columnas de POPULAR FILM, he recogido indirectas personales e insinuaciones de prensa, en la que se ha comentado—y clasificado de excesiva—mi actitud abiertamente simpatizante, al enjuiciar la película.

Indudablemente, en otro momento, yo no habría recogido, en la forma que ahora lo he hecho, la aparición de un film español. (Sobradamente conocida, es mi posición de siempre, hacia nuestro *cinema*. Hasta el día en que

vi la versión muda de «La aldea maldita»—hace de esto unos meses—yo no había registrado con entusiasmo, la edición de ninguna de nuestras películas. Esta, en cambio, me hizo sufrir una reacción. Era la primera vez que aparecía con un corte y un empaque de autenticidad de la cosa española. Por primera vez, se llevaba a la pantalla un trozo verídico de nuestra España.) Pero su llegada—en un momento definitivo para nuestra cinematografía y nuestras posibilidades—y el contraste que nos ofrece, justifica mis elogios y merece el de todos aquellos que sientan un optimismo ante las cosas bien hechas.

Presentado el film, más tarde, al público y a la prensa de Francia, mi posición se afirma por el paralelismo que ha existido entre mis primeros juicios y el de los críticos franceses. Todos hemos visto en «La aldea maldita» al primer film hispánico, y todos hemos re-

Pedro Larrañaga, protagonista de «La Aldea Maldita».



Florián Rey. (Foto Lagos)

conocido su sinceridad y su apunte, promotor de sabrosas y eficaces aventuras cinematográficas futuras. Además, su estreno, nos ha traído demostraciones que nos hacían falta. Y esto, también es mucho.

Helas aquí:

Primera: La prensa francesa, nos ha reiterado, que el «cine» español, en Francia, era totalmente desconocido. «Cinemonde», «Pour Vous», «L'Ami du Peuple», «L'Intransigeant», «Paris Soir» y algún otro periódico, ha recalado este signo. Aquí, se conocía «El negro que tenía el alma blanca» y «La bodega». Pero en éstas películas, había un acuse de manos extranjeras que aquí se conocían bien. Por esto, ante la aparición del film de Florián Rey, todo el mundo ha coincidido en que era lo primero que salía de España, con intenciones de representar una manifestación auténtica.

Segunda: Otra demostración, es la de que Emilio Vilá, pintor español, expositor de sus cuadros en el foyer de la Sala Pleyel, durante el ciclo, goza en París de unas atenciones, que, indudablemente, no merecen sus pinturas; fotografías ampliadas, cromos hechos con alguna picardía—la del hombre que sabe no responde a su día—, motivos españoles

para ilustrar abanicos o marchamar la exportación de frutas.

Tercera: Pepe Romeu, nos demostró, primero su falta de seriedad y hasta es posible que un poco de pánico, y luego su negación absoluta para el *cinema* nuevo. Su «seket» «Juventud» es lo peor que hemos visto en cine sonoro y hablado. Ni su figura—abotargada, sin agilidad, sin simpatía—ni su voz está, desde luego, a la altura de sus pretensiones y sus exigencias. Indudablemente, la cámara y el micrófono le han dado una lec-

—lo necesitábamos, Vicente Escudero, nos ha traído la demostración de su valor auténtico. Escudero, es en París, el mayor grito que puede tener lo hispánico, como representativo. Aquí se le ama, se le admira y se le pone como ejemplo, ante las concesiones «pompiers» de La Argentinita, de Raquel Meller, de toda esa gente que disfraza su mediocridad con las lentejuelas del españolismo. Escudero es el bailarín español por derecho propio. Las danzas españolas que interpreta, quedan purificadas al pasar por el tamiz de su temperamento

que dijimos antes. El éxito de «La aldea maldita» está perfectamente comprendido y justificado. Su valor, ha tenido esta vez un público y una crítica, como sería de desear que la encontrase en todas partes. Gracias a ella, durante todo un mes, los frescos murales de París, han estado llenos de nombres españoles. Y gracias también a este film, la prensa francesa, se ha dado cuenta exacta de lo que cinematográficamente, puede ser España, y se ha hablado optimistamente, de colaboraciones cinematográficas francoespañolas. Y esto,

§

Vicente Escudero, gran bailarín español. Estilizador del baile popular hispánico. El me-



§

jor intérprete de Falla, de Granados, de Albeniz, de los motivos populares españoles.

§

ción. Realmente, es más fácil conseguir el aplauso de la general de cualquier teatro español, interpretando zarzuelillas populacheras, que actuar con desenvoltura—fotogénica y fotofónica—en bandas cinematográficas.

Cuarta: Aunque nosotros—ni él tampoco

No deje de leer en "Popular Film" las chispeantes y saladísimas crónicas de Aurelio Pego, nuestro redactor especial en Nueva York.

nuevo y su autoexigencia estética. Tanto en sus ritmos sin música, como en sus bailes con acompañamiento de castañuelas metálicas, como en sus interpretaciones de la obra de Falla, Escudero, se supera a sí mismo, y se manifiesta en todo momento, tal y como nosotros le habíamos imaginado; idénticamente a como le habíamos previsto.

Su actuación, en la Sala Pleyel, con la compañía de sus bailarinas Carmita García y Almería y con el guitarrista Montoya, ha sido uno de los primeros y más firmes sostenes del ciclo español.

Y quinta: No queremos repetir ahora lo

como dijimos ya, puede ser un gran cebo.

He aquí, porque las demostraciones logradas con el *ciclo*, son dignas de tenerse en cuenta.

JUAN PIQUERAS

Lea todas las semanas las interesantes informaciones de nuestro redactor en Hollywood, Marcelo Ventura.



La Warner Bros ha realizado una deliciosa comedia musical, en colores, con el concurso de los celebrados intérpretes John Boles, Vivianne Segal, Joe E. Brown, Marie Wells, Sam Hardy y Marion Byron.

"Cínaes" que ha adicionado esta producción a sus grandes exclusivas nos la presentará esta temporada en uno de sus concursos locales.



la Canción del Arco Iris

EL FILM MODERNO

Así puede clasificarse — por su ambiente, por su desenfado, por la humanidad que palpita en el asunto, por su técnica admirable y por su entonación artística — este film que presentará Cinematográfica Almira en las pantallas barcelonesas bajo el título de



Reuniones
pro-
híbias

con un cuadro de intérpretes tan completo como el que forman Douglas Fairbanks, Jr., Jeanette Loff, Judith Barrie, John St. Polis, Marie Prevost, Lucien Prival y otros artistas de valía.

El diálogo, en el que han colaborado George Draney, Víctor Halperín y Monte Katterjonn y los efectos sonoros logrados por tres técnicos de la solvencia de Roy Klayton, Alfred Granich y Ben Harper, acusan un considerable avance en el nuevo cinema.



PELÍCULAS
HISPANOPARLANTES



“LA CARTA”

Con este título ha realizado la Paramount, en sus estudios de Joinville, una nueva producción hablada en español y cuyo estreno en el Coliseum se anuncia ya como inminente. El primer plano interpretativo de “La Carta” está formado por Carmen Larrabéiti, Cecilio Rodríguez de la Vega, Carlos Díaz de Mendoza, Léa Niako y Luis Peña.



VIDAS
EXTRAORDINARIASJoan Crawford
la Venus de Hollywood

(Continuación)
lugar a la tarde. Y Joan seguía caminando, mantenida por su siempre indomable espíritu. Por fin, después de no sé cuantas horas de ir de un lado para otro, llegó a las oficinas encontrándose con una larga fila de mucha-

la estación bebió una taza de café. Mejor probar suerte de una vez.

Se levantó y sin prestar ninguna atención a las demás muchachas que la miraban entre enfadadas y asombradas, se metió en la oficina privada de Ernie Young. Su acción podía ser

que la miraba del mismo modo cuando ella le contaba todas las penas y tragedias de su vida de niña.

¡Triunfó! Ernie Young le dio un empleo en los coros de una revista en el Friars Inn. Durante una semana bailó en aquel popular café. Luego la man-

en Oklahoma City y en Detroit las demás artistas la recibieron mal, considerándola una intrusa. Se negaron a admitirla entre ellas y la despreciaron muchísimo. Trató de ser amable, en su ansia de conseguir amigos, pero todos sus esfuerzos fueron re-

en Detroit fueron tristísimos para Joan. Luego la suerte pareció compadecerse un poco de ella, dándole una amiga; una morenita simpática y cariñosa de dulce expresión. Esta muchachita no tan sólo la ayudaba en el maquillaje, sino que además



chas que estaban ya esperando.

Por un largo rato Joan esperó también; pero al notar que las sombras empezaban a cubrir las paredes y que anochecía rápidamente decidió jugarse el todo por el todo. Estaba sola en la gran ciudad, sin casa, sin amigos, sin nadie a quien acudir. Sus dos dólares habían desaparecido casi por completo. No había tomado nada desde que por la mañana en

todo lo inconveniente que quisieran; pero la hizo en un momento de desesperación, en defensa propia contra las implacables circunstancias.

Ernie Young con sorpresa, pero al mismo tiempo divertido, la miró con gran atención. Nerviosa y con miedo, Joan contó llorando su historia. Young la oía sonriendo cariñosamente. Su expresión recordaba a Billie la cara querida de Henry Cassin,

daron a una convención en Oklahoma City; más tarde al Oriole Terrace de Detroit.

Lucille LeSueur tuvo una gran decepción. Todo aquel color, vida, alegría, luces brillantes y trajes de raso con que ella soñara, no tenían ahora el encanto que pensó encontrar en ellos cuando de niña veía la función tras de bastidores en el teatrillo de Lawton.

Tanto en Chicago, como

chazados despreciativamente.

Pasaba las horas sentada en su rincón, sola y abandonada, oyendo la alegre charla de las demás, sus conversaciones íntimas sobre sitios y personas completamente desconocidas para ella. Anhelaba con todo su corazón poder ser una de aquel grupo que tan terminantemente se negaba a admitirla.

Los tres primeros días

encontró tiempo para enseñarle la rutina de los pasos de baile que debía hacer.

Cada muchacha tenía su amigo favorito con el que salía por las noches una vez acabada la representación. La única solitaria era la pobre Joan. Ella, que durante tanto tiempo había sido la vida y alegría de cafés y restaurantes en Kansas City y en Columbia, ahora veía marcharse a las demás en alegres

OROCREMA

JABON DE ALMENDRAS

¡Tantas fórmulas de belleza que usted habrá leído y aun probado, y tan fácil y a mano como tiene una, sencilla, económica e infalible!

El uso constante en el baño y en el tocador, propio y de los suyos, del famoso jabón

OROCREMA

de pasta de almendras, glicerina y aceite de coco.

¡No olvide que se imita!

LOS PERFUMES DE TASARA
ALFONSO XII, 11
BADALONA

grupos mientras que ella, sola y sin amigos, se iba al mísero hotelito donde tenía su habitación. Una habitación pobre y pequeña; todo lo que le permitían sus veinticinco dólares semanales.

El único momento feliz era durante la representación. Sintiendo sus pies resbalar, saltar y moverse sobre el brillante pavimento del café, Joan olvidaba todos sus sufrimientos. Para ella no había entonces más que la delicia de sentir el ritmo y la melodía; de bailar a los acordes de aquella orquesta tan llena de vida. Y además Detroit estaba mucho más cerca de Nueva York, que pudieran estar Kansas City o Chicago.

Su primer ascenso llegó cuando menos lo esperaba, unas ocho semanas después de haber debutado en Oriole Terrace. La pasaron desde la obscuridad de la tercera fila del coro, a un extremo de la primera, puesto de los más elevados en el rango de las coristas. Esto significaba un gran triunfo; y deseosa de mostrar que lo merecía, la noche de su promoción bailó con tal gracia y soltura que entusiasmó a todo el mundo. Por primera vez en su carrera, Joan había dado el primer paso de algún valor hacia el fin a que aspiraba.

Mas aquel día debía ser mucho más importante en su vida que todo lo que ella hubiera podido soñar. Entre las personas que comían en Oriole Terrace

aquella noche, estaba J. J. Shubert, el famoso empresario de Nueva York, que se encontraba en Detroit por unos días para asistir al estreno de su revista «Innocent eyes».

La bonita muchacha que ocupando un extremo de la primera fila bailaba maravillosamente, no pudo menos de llamar la atención de mister Shubert. Pidió ser presentado a ella. La chiquilla que había sido Billie Cassin, no pudo menos de emocionarse en la personalidad de la artista Lucille LeSueur. Nerviosa aceptó la amable invitación de J. J. Shubert para asistir al día siguiente a la representación de «Innocent eyes».

Fué allí; la revista la dejó maravillada por su belleza, lujo y presentación. Era la primera que Billie veía en su vida. Aún no había salido de su admiración, cuando Shubert sonriendo preguntó si querría aceptar un puesto en los coros. Lucille cre-

yó estar soñando. Le parecía imposible tanta felicidad. No dudó ni un instante. La ocasión había llegado y no era cosa de perderla. Aceptó emocionadísima.

La compañía partía el día siguiente a las dos de la madrugada para Nueva York, y ella tenía que marchar con ellos.

Sin apenas poder creerlo, Billie se dio cuenta de lo que esto significaba para ella. Su ilusión no era ya un sueño. Broadway la esperaba. Tan sólo veinticuatro horas la separaban de él.

Como no había otro remedio, Lucille «plantó» su primera revista; acción considerada como de las peores que se pueden cometer en el mundo teatral. Pero no podía arreglarse de otro modo; Billie no iba a perder la gran ocasión de su vida: la ocasión por que había luchado y sufrido tanto.

A la una bailó su último número en Oriole Terrace. A las dos estaba en el tren que, junto con los otros miembros de «Innocent eyes», la llevaba ha-

cía Nueva York; y en Nueva York a Broadway... ¡El ansiado fin de sus ilusiones! ¡El éxito con que tantas veces había soñado!

Lucille no sabía nada de la rutina de los bailes de los coros. Le fué asignado un puesto entre los «ponies», como se llama a las muchachas más bajitas, quedando Lucille colocada en la última fila.

Allí la recibieron con cariño. Encontró gente amable dispuesta a ayudarle en todo. Las muchachas de Nueva York no eran como las de Detroit. Recordaban sus tiempos de principiantes y querían ayudar a las nuevas, como a ellas les ayudaron antes. ¡Qué ambiente tan diferente! Aquí, cariño, simpatía, caras amigas. Allí, en Oriole Terrace, desdén, antipatía, indiferencia; tan sólo una pobre morenita cariñosa y buena en quien poder confiar.

Una muchacha enseñaba a Lucille la rutina de los pasos de baile. Otra la ini-

ciaba en los secretos del maquillaje. La de más allá le ayudaba a vestirse. Todas le prestaban lo que necesitaba, desde horquillas hasta polvos de la cara. Fué muy bien recibida en el grupo de las artistas. Y ella se encantaba y sentíase dichosa con aquel compañerismo.

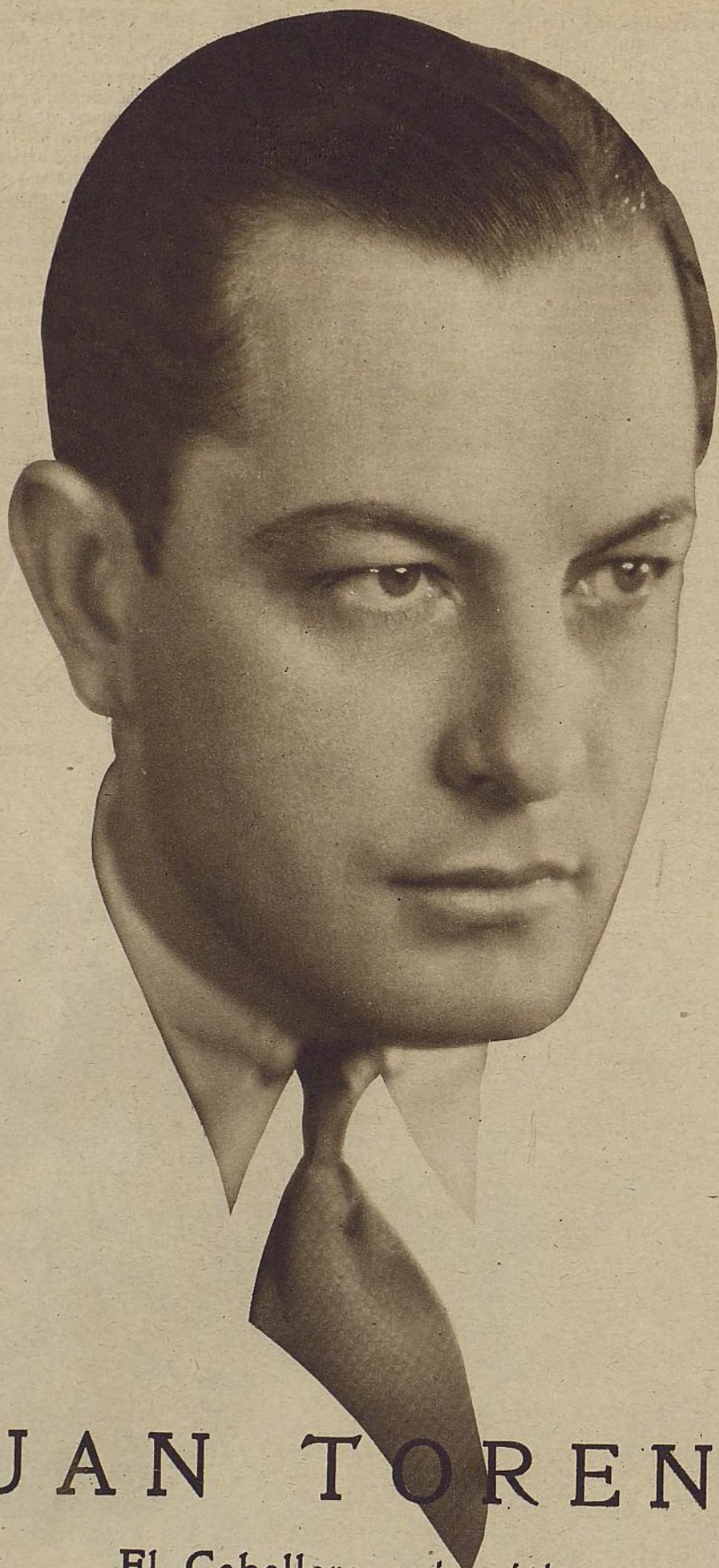
Al cabo de dos semanas el director de escena la ascendió a la primera fila de los «ponies». Lucille LeSueur veía sus sueños convertirse poco a poco en realidad. Desde que llegó a Chicago, sola y sin recursos, había pasado escasamente tres meses. En ese corto espacio de tiempo había podido llegar hasta Broadway. Un puesto modesto; pero al fin y al cabo en Broadway.

A las pocas semanas de su llegada era una de las muchachas más populares de la famosa Avenida; lo reunía todo: joven, bonita, sencilla, simpática, animada, llena de vida.

Con la ayuda del éxito, la buena alimentación y los buenos vestidos, la fi-

(Continuará)





JUAN TORENA

El Caballero enigmático
de Hollywood

HOLLYWOOD, la suspirada capital de Cinelandia, vorágine insaciable que atrae y absorbe a tanta muchachita bella y soñadora y a tantos hombres aventureros, ambiciosos de gloria y de fortuna, cuenta en su seno con muchísima gente cuyo origen y personalidad verdadera son un misterio para todos.

El calificativo de enigmático aplicado hasta

ahora a Torena convendría seguramente a muchos hombres de Hollywood; pero ¿ocurre tanto con el de caballero?

Hace algunos años que llegó a la metrópoli cinesca un muchacho espigado, fuerte, de tez morena, pelo castaño oscuro, ojos rasgados y mirada penetrante, mezcla de dureza y de bondad. Su perfil, de línea vigorosa, cortante, sin dejar de ser armónica, acusaba un

temperamento enérgico y una voluntad tenaz, de hombre que sabe lo que quiere y está dispuesto a conseguirlo.

Y lo que quería y ambicionaba nuestro joven era lo mismo que quieren y ambicionan las docenas de jóvenes que llegan diariamente a Hollywood y centenares de otros que no llegan nunca. Ser artista de cine. Para lo cual lo primero que se le ocurrió fué cambiar de nombre, o mejor dicho, acortar el que llevaba.

Llamábase Juan de Garchitorena y Carvajal, nombre que si para nosotros suena muy bien y parece, además, indicador de abolengo, resultaba demasiado largo para que los americanos pudiesen pronunciarlo sin trabárselos la lengua. Hecha la metamorfosis, quedó convertido en Juan Torena a secas, lo cual, con el tiempo, las agencias de publicidad y sus futuros admiradores habían de agradecerle mucho.

Juan Torena, pues, así con nombre cinematográfico y todo, era un candidato más al estrellato. Y un candidato serio. Culto, arrogante, simpático, de fino trato y distinguidas maneras, parecía predestinado a ocupar pronto un lugar preeminente en el arte de la pantalla.

Sin embargo, no fué así hasta después de mucho tiempo. Y no por falta de condiciones, sino por no haber tomado desde un principio el único camino que generalmente conduce al triunfo a los aspirantes a artistas de cine. El camino de la peregrinación diaria a las puertas de los estudios, de las interminables colas en las salas de contratación del personal, en busca de un modesto trabajo de «extra» que, el día menos pensado, puede atraer la atención de un director y franquear la puerta grande al aspirante anónimo, que, en los dominios del cine, es como el paria condenado a contemplar desde lejos el agua y la luz en que los privilegiados se sumergen.

Juan Torena quería principiar por donde acaban los demás, y esto, si sale bien alguna vez, es con carácter de excepción que viene a confirmar precisamente la regla.

Llegó a Hollywood con un bagaje enorme de ilusiones y deseos de triunfo, es cierto, pero también con muchas ganas de vivir, de divertirse. Y al amparo de una pensión paterna que le permitía contemplar, tranquilo, la procesión de los días, esa procesión que en Hollywood es más triste aún que en los demás sitios, porque arrastra en pos de sí jirones de juventud y de belleza, que son esperanza e ilusión de triunfo, empezó a frecuentar la alta sociedad de Hollywood, los cafés y restaurantes de moda, los cabarets de gran lujo, confundiendo con las más rutilantes estrellas y los grandes magnates de la industria del cine. Sus caballerosos modales, su atrayente sonrisa a veces, y a veces también su aspecto reservado, de hombre serio, formal, le tendían todas las manos y le franqueaban todas las puertas. Los mismos Douglas Fairbanks y Mary Pickford le contaban como amigo y no había soirée ni fiesta a que Juan Torena no fuera invitado. Las más bellas mujeres, las más renombradas artistas

**Este número ha sido
visado por la censura**

no se desdénaban de devanar con él la madeja más o menos duradera de un «flirt», que en algunos casos llegó, incluso, a tomar visos de noviazgo.

El Juan Torena de Hollywood seguía siendo el mismo Juanito Garchitorena de Barcelona, el «pollo bien» que entre nosotros era tan buen deportista «amateur» como galanteador profesional de las muchachas que lucen su garbo gentil de doce a dos por el Paseo de Gracia.

Pero un día se acordó de que no era justo, ni digno, de que él, que había marchado a América en busca de gloria y de fortuna, siguiese viviendo a expensas de su familia, y fué cuando se propuso formalmente luchar y vencer.

Comenzaron, pues, los tiempos difíciles, de bohemia forzada, tan distinta de la que hasta entonces había vivido por gusto. En compañía de Moré de la Torre y de René Cardona, el primero de los cuales escribe hoy los diálogos en español de las películas Fox, y el segundo aparece a menudo en producciones habladas en nuestro idioma, formaban un trío

inseparable. Cada uno de ellos partía todos los días por la mañana por distinto camino en busca de algún trabajo, de alguna ocasión de ganar los dólares imprescindibles. Cuando alguno de ellos lo conseguía, partía fraternalmente con los demás el producto de su labor y de su suerte.

Sin embargo, Torena continuaba siendo el caballero de siempre. Solamente que ahora le llamaban el caballero enigmático, porque la gente de Hollywood no comprendía a este joven español, que tan pronto iba del brazo de alguna de sus más admiradas estrellas, cómo se le veía dispuesto para trabajar de «extra» en alguna película, caracterizado a veces de la manera más mísera y humilde si así aquélla lo exigía.

Hasta que llegó el cine sonoro y con él la hora del encumbramiento de Juan Torena. No bien se empezaron los primeros preparativos para filmar películas en español, que ya se pensó en aquel joven apuesto, español de pura cepa, aunque nacido en Manila, para perfecto galán del cine de habla hispana.

Los directores de la Fox vieron en él un

tipo ideal para protagonista de «Del mismo barro», y su excelente actuación en esta gran película le ha valido un ventajoso contrato a largo término con la expresada compañía.

Los buenos vaticinios que se lanzaron en Hollywood a la vista de aquel joven aventurero español, si es verdad que ha tardado en cumplirse, corren peligro de quedarse pálidos ante la magnífica realidad del arte de Torena.

En «El valiente», la segunda producción en que actúa con carácter de protagonista, Juan Torena hace una creación dramática tan profundamente expresiva y justa, tan perfectamente matizada, que ella sola bastaría para clasificarlo como actor de gran fuste y afianzarle definitivamente en el lugar de preferencia de que hoy disfruta ya entre la afición española.

J. VIRÓS Y MOVES

Interesante escena de la extraordinaria producción Fox, hablada en español, «El Valiente», que se proyecta actualmente en el Salón Cataluña. En ella puede admirarse toda la fuerza expresiva del rostro de Juan Torena.

En «Popular Film» colaboran: Mateo Santos, Juan Piqueras, Luis Gómez Mesa, Aurelio Pego, José López Rubio, Eduardo Ugarte, José Esteve, «Les», Armand Guerra, Jesús Alsina y Juan de España.



“EL PRÍN

CIPE X”

Estas dos escenas de “El Príncipe X”, que se está proyectando en el Lido Cine, son para nuestros lectores un avance artístico de dicha película. Aquella tierna y efusiva escena entre Hilda Rosch y Harry Liedtke y esta otra del baile, llena de sugestión y encanto,



síntetizan el carácter del film y las bellezas que contiene.

Exclusivas Ballet y Simó han tenido un acierto, quedándose para su explotación esta producción de la Afa que nos atrevemos a clasificar entre las mejores que se han estrenado esta temporada.



REFLEJOS

Nuevas presentaciones de los Artistas Asociados en Nueva York

HABIENDO ya tenido lugar el estreno del nuevo film de Douglas Fairbanks «Para alcanzar la luna» en el Criterion y el de «The Devil To Pay» de Ronald Colman en el Gaiety, manteniéndose constantemente llenos ambos teatros a pesar del elevado precio de las localidades, los Artistas Asociados vuelven ahora su atención a las próximas presentaciones de «Las Luces de la Ciudad» de Charlie Chaplin, que se efectuará el 1.º de febrero próximo en el George M. Cohan Theatre, y de «One Heavenly Night» («Una noche celestial») que se efectuará en breve en el Rialto, constituyendo la consagración de una nueva estrella, Evelyn Laye.

Aunque no se ha fijado aún el precio de las localidades para el film de Charlot, los Artistas Asociados están recibiendo ya cheques que pueden cubrir cualquier precio que se fije por ellas. No obstante, no se reservarán localidades con anticipación, porque se cubriría varias veces la cabida del Cohan Theatre, si esto se hacía, y quizás no quedarían localidades para los que forzosamente han de contar con ellas, como los críticos cinematográficos, por ejemplo. Se habla de un precio de 11 dólares butaca para la noche del solemne estreno, que será honrado con la presencia del hombre que se mantiene solo en lucha contra el cine parlante y que no ha admitido que su última producción fuese dialogada.

La noche del estreno del film de Douglas antes citado, se planteó un problema de orden público ante el Criterion Theatre, y los 50 policías que a las órdenes del capitán Hayes luchaban para mantenerlo tuvieron trabajo

abundante. La afluencia de público era tal que Nancy Carroll y Claudette Colbert fueron casi aplastadas contra la pared del edificio cuando intentaban penetrar en él, y Jack Dempsey tuvo que emplear sus vigorosos hombros para abrirse paso entre la muchedumbre. Los cristales de la puerta del teatro se hicieron añicos, y el tráfico de Times Square se paralizó durante media hora. Los que iban a la caza de autógrafos tuvieron que abandonar su tarea.

El público que asistió al estreno de «Para alcanzar la luna» era de lo más selecto, demostrando esto que los nombres de Mary Pickford y Douglas Fairbanks conservan todo su mágico poder. Asistiendo Charlot al estreno de «Las Luces de la ciudad» habrá que tomar precauciones aún mayores para evitar atropellos.

El conocimiento de la escena es casi indispensable para las muchachas que aspiren a la gloria cinematográfica, dice un director de repartos.

A causa de los innumerables requisitos artísticos que exija de una actriz la película hablada, toda aspirante a las glorias cinematográficas requiere un conocimiento relativamente profundo de la técnica del tablado. Es este un hecho del que está más que plenamente convencida Evelyn Groves, ayudante del director de repartos del es-

lea y colecciona el suplemento de la novela

El prisionero de Zenda

que publica "Popular Film" en forma encuadernable.

tudio neoyorquino de la Paramount Publix.

Según explica miss Groves, la mayoría de las muchachas que la compañía selecciona, aun para papeles de extras, proceden de las tablas. No hay muchacha que, después de haber trabajado en el teatro, así sea en papeles de ínfima importancia, no sepa como llevar airoosamente un vestido. Está menos expuesta, por añadidura, a ponerse nerviosa ante la cámara, cosa muy frecuente en muchachas sin experiencia escénica previa.

Miss Groves resume así sus impresiones:

«Con toda franqueza sea dicho, no me explico que pueda triunfar en la cinematografía actual una muchacha que no haya tenido experiencia escénica previa.»

Dorothy Revier en la película «Phantom Hoofs»

La joven actriz del elenco de Columbia, Dorothy Revier, acaba de ser seleccionada como dama joven para el reparto de la película «Phantom Hoofs», producción que formará parte de la serie de «Buck» Jones.

Miss Revier comenzó su carrera artística como bailarina. Después fué descubierta por Columbia y bajo la bandera de esta compañía ha alcanzado éxitos verdaderos. Citaremos entre las películas en la cual la labor de miss Revier ha sido acamada entusiastamente, las siguientes: «La tigresa», «The Warning», «La sirena», «Cuidado con las rubias», «El asunto Denovan», «Padre e hijo», «The Quitter», «Light Fingers», «The Red Dance», «The Dance Life», «The Iron Mask», «The Mighty», «Sin Flood», «Tanned Legs», «Call of the West» y «El traidor».

En cuanto a «Buck» Jones, completó recientemente su labor en el film «Desert Vengeance» y se presentará en breve en la pantalla en un papel interesante de Robin Hood Californiano, apareciendo con el pintoresco y romántico traje de aquel período.

PRÓXIMAMENTE

en la pantalla del **CAPITOL** revivirán los hechos y anécdotas del glorioso general

PRIM

Una página brillante de nuestra historia, que le deleitará e instruirá.

EXCLUSIVAS

Balart y Simó

Aragón, 249 - Barcelona

Director: **J. Buchs**

¡ No deje de verla !

OBSERVATORIO

Nuevos sucesos mundiales con sonido

Atraco a Lita Grey

En pleno barrio de Bron, de New York, ocurrió el hecho.

Lita Grey y su compañero de trabajo teatral, el ex campeón de boxeo, Georges Carpentier, paseaban juntos en automóvil, cuando cuatro desconocidos revólver en mano, mandan parar al chofer.

Y, finalmente, con admirable cortesía, quitan a Lita cuanto alhaja lleva y a Georges su cartera, su reloj y sus sortijas.

Valor de las joyas robadas: 60.000 dólares en total.

La prensa yanqui tiene ya con ese tema para rato.

¡Asalto escandaloso, a la luz del día, al coche en que iba Lita Grey!

Y como resulta que Lita Grey es muy popular por su casamiento y divorcio—el último, por ahora—con el gran Charlie Chaplin, el suceso adquiere inusitada resonancia.

En cambio, de Carpentier apenas si se dice nada. Y hasta algún periódico ni le cita.

Después de incontables indagaciones y de no aparecer, pese a esto, ningún dato exacto de los ladrones, la policía sospecha que bien pudiera ser que el atraco fuese reclamo, propaganda de los empresarios de Lita.

Y, en ese caso, lo indicado sería felicitar como primera decisión a su ideador.

Y luego, si se pone a tiro, gastar la broma de encerrarle en la cárcel, para que se divierta, por una temporada completa.

Conste que estas palabras últimas son del jefe de policía de New York.

Einstein rechaza 200.000 dólares

En la actualidad mundial y cinematográfica se mueven, continuamente, tres personajes de nombres confundibles con facilidad para los no enterados: Einstein, Eisenstein y Epstein.

Einstein es el famoso sabio alemán, autor de la teoría de la relatividad.

Sergio M. Eisenstein es el director soviético de «El acorazado Potemkin», «Octubre», «La línea general» y «Romanza sentimental»; hoy ya en los estudios de California, dedicado a preparar su film en esta su nueva etapa de su vida.

Y Jean Epstein es un teorizador y realizador francés de bastante prestigio en las filas avanzadas del Arte. «Mauprat», «El espejo de las tres caras» y «El hundimiento de la casa Usher», son sus principales películas.

Es al germano Einstein a quien nos referimos en esta ocasión.

Llegado a Yanquilandia, como cualquier hombre célebre de Europa por un deseo de curiosidad y quizá también por razón de sus estudios, no tarda en recibir una oferta tentadora.

Un contrato de 200.000 dólares por impresionar una cinta hablada.

Pero Einstein lo rechaza.

—No me interesa su proposición, señores—contesta el profesor—. Una hora de investigaciones científicas es para mí muy superior, aunque no me produzca ni un centavo, que esa cantidad de ustedes. Buenas tardes.

Y, claro, se entera del episodio un repórter neoyorquino. Y al minuto el teléfono, el telégrafo y la radio lo difunden con la mayor rapidez.

En nuestra colección de «Sucesos mundiales con sonido» ocupa, merecidamente, un destacado lugar.

Espectáculo nunca visto en Andorra

En el pueblo de Andorra la Vieja, entre las fronteras de España y Francia, ha em-

pezado a funcionar un cine. Y con tal éxito, que su empresario piensa ya en inaugurar otro en seguida.

¿Causas de ese triunfo?

Sencillos: es el primer espectáculo de esta clase que se ve en Andorra. Y, por tanto, se explica la curiosidad de sus habitantes: de aquellos, justamente, que nunca salieron de su comarca.

¡Qué lástima que ya no sea Andorra un pueblo sin cines!

Esa rara excepcionalidad era su motivo mejor para visitarle y analizar sus cardinales características.

Final de un viejo drama

Se desarrolló en Hollywood.

Sí. Precisamente en Hollywood. En la época de los más sonados sucesos de borracheras y crímenes.

Burlar la ley seca era el deporte favorito de los elegantes.

Se encontraban en la avenida dos soberbios autos, y sus ocupantes improvisaban una cita:

—Esta noche en mi casa.

—¿Habrá bebidas?

—Naturalmente. Y en abundancia.

—Entonces, no faltará.

—Llévate a Mabel. La necesitamos.

—Se lo diré así.

Y la fiesta que se celebraba, corrientemente terminaba mal: en bronca o en un fallecimiento repentino. Cuando no en asesinato. Como pasó con el actor Raymond, muerto misteriosamente de un balazo en una de esas reuniones alegres y alcohólicas.

Se detuvo a Paul Kelly, colega de Raymond. Y a la esposa de éste, la bella y aplaudida «estrella» Dorothy Mackay.

Pero por carencia de pruebas concretamente acusadoras, no obstante el deseo de juzgarles con el máximo rigor, se les condenó a penas de corto cumplimiento.

Libres ya los dos, acaban de anunciar su próxima boda.

Y eso ha bastado para que se recordase en un momento el viejo drama y sus menores detalles.

Ni Dorothy Mackay ni Paul Kelly lograron, por más que lo intentaron, ocultar este final de ahora; tan de película yanqui y feliz en que, invariablemente, el amor lo vence y arrolla todo.

Máquinas para coser y bordar



Las de mejor resultado
La célebre rápida

«Numa», disecado

Con la solemnidad de ritual, se ha procedido a disecar a «Numa», figura ilustre de Hollywood.

Así de escueta es la noticia.

Pero, en verdad, que es acreedora a una ampliación.

«Numa» es el león que intervino en más films.

Hijo de un matrimonio de parque zoológico, se crió con biberón. Y, por consiguiente, nació sin fiereza, amaestrado ya. Y con aficiones a la ciudad, a los paisajes urbanos de casas con muchos pisos y de calles llenas de circulación, o sea: de vida.

Se le empleó en sus comienzos solamente para cintas cómicas, de risa obligada y contagiosa. De esas que obedecen a un mismo tipo de asunto: las jaulas de las fieras de un circo que se abren y sus moradores que siembran el pánico en un hotel, o en una peluquería, o en un almacén de telas...

Y al convencerse, directores y actores, de su mansedumbre, se le ascendió de categoría, encargándosele papeles de importancia.

Escenas que se localizaban en las tenebrosidades de la selva—que «Numa» ignoraba—, ya se sabía: «Numa» siempre.

Pero un día, por jugar a huir, hirió con sus zarpezas a un primer actor. Y a punto estuvo que le matasen a tiros. Gracias a que, en su instinto, lo adivinó y fué a esconderse a su jaula, como un perro que teme el golpe de su amo; que si no, concluye su existencia como un león de auténtica crueldad.

Olvidado el incidente, volvió a su esplendor. A su puesto de figura ilustre de Hollywood, que elige Charlie Chaplin para un culminante cuadro de su creación «El circo».

Por eso muere rodeado de veterinarios como un simple animal doméstico, y luego se procede a disecarlo; honor jamás concedido a ningún otro león del cinema.

Y se le coloca en la puerta principal del último estudio donde actuó, con esta enaltecida inscripción: «Numa». Ejemplo de fidelidad y gran artista de esta casa».

L. GÓMEZ MESA

«Los Ángeles del Infierno» visto por unos augustos espectadores

Su Alteza Real Alberto Eduardo, príncipe de Gales, asistió en el Cochran's Pavilion de Londres a una de las proyecciones de «Los Angeles del Infierno», el espectáculo aéreo de Howard Hughes, que debe encerrar una especial significación para el futuro soberano de Inglaterra que pilota sus propios aviones y viaja invariablemente por la vía aérea. También debe haberle resultado muy interesante el raid aéreo sobre Londres.

El hijo primogénito del rey Jorge no ha sido el primero de su familia que ha visto «Los Angeles del Infierno», pues el duque de York y el príncipe Jorge, sus hermanos, habían visto este film antes que él. El mismo día que el príncipe de Gales, vió también el film el duque de Connaught. S. M. la Reina de España asistió también a una proyección del mismo.

«Los Angeles del Infierno» que se proyecta simultáneamente en el Gaiety y el Criterion, de Nueva York, en United Artists, de Chicago, el Aldine, de Filadelfia, el Mildland, de Kansas City, el Auditorium, de Baltimore, y a la vez en el Garden y el Majestic, de Milwaukee, está obteniendo un verdadero éxito en la capital de Inglaterra. En Londres se han vendido localidades con semanas de anticipación y las colas ante el London Pavilion duran de las diez la mañana a las diez de la noche.

• popular film •



Melodía del corazón

y IV

Número de la película Ufa de igual título, interpretada por Dita Parlo y Willy Fritsch. - Música de Von Werner R. Heymann.

Modto

Piano

f

mf

CORREO DE LOS ESTUDIOS

El difícil problema de los "extras"

El estudio neoyorquino de la Paramount está libre del problema que tan persistentemente afecta a los estudios de California, o sea el exceso de extras. Las muchachas de Nueva York tienen suficientes empleos a que dedicarse, sin necesidad de pensar exclusivamente en el porvenir cinematográfico. En la ciudad de acero y granito no hay jóvenes famélicas, y casi todas ellas encuentran algo en qué ocuparse.

Sin embargo, el estudio tiene un problema, y serio, en la cuestión de «extras», problema que el departamento de selección de artistas no sabe cómo resolver. El problema se debe a la cantidad innumerable de caras nuevas que por él desfilan todos los días.

Las muchachas que acuden al estudio saben, por ejemplo, que Clara Bow fué en tiempos una de las menesterosas cenicientas de Brooklyn. Que Nancy Carroll nació y se educó en la Décima Avenida, o sea uno de los lugares más pobres de Nueva York. Que Bárbara Stanwyck era vendedora en una tienda y que Corinne Griffith era camarera.

Así, no hay camarera o dependienta de establecimiento de íntima categoría que no sueñe con emular a las referidas actrices. Grupos inmensos de aspirantes de fábricas y talleres, de aldeas y ciudades de los cuatro confines del mundo, acuden en busca del vello-cino de oro. Una procesión interminable, diaria...

Algunas de ellas logran conseguir trabajo, si bien muy pocas. Menos aún son las que, tras del riguroso noviciado, logran escalar las cumbres últimas de sus ensueños y aspiraciones.

Sin embargo, y a pesar de que la mayoría de las aspirantes andan muy lejos de reunir las condiciones necesarias, hay algunas con talento suficiente para triunfar, y es preciso

no perderlas de vista. A la mayoría, empero, es preciso confesarles la verdad sin ambages, si bien sin excesiva brusquedad. Ante todo hay que evitar herir susceptibilidades, por lo que la labor de director de un departamento de selección requiere habilidades diplomáticas nada comunes.

La Paramount ha resuelto parcialmente el problema contratando los servicios de Evelyn Groves, ex bailarina de Zigfeld. Miss Groves adquirió un conocimiento profundo del problema durante una época en que se dedicó a administrar un grupo coreográfico. Una de sus tareas consistía en entrevistar a las aspirantes a ingresar en el grupo, estudiar sus posibilidades... y desengañar a la mayoría de ellas.

Algunas de ellas se desaniman fácilmente y vuelven resignadas a sus empleos, sea en el escritorio o en el taller. Otras, en cambio, se muestran peligrosamente insistentes, y vuelven día tras día en busca de una oportunidad. Si su persistencia es finalmente recompensada, comienzan por ganar 7'50 dólares diarios, o hasta 15 ó 20 dólares si sirven para ostentar vestidos llamativos con la desenvoltura suficiente.

El trabajo de extra es de los más ingratos y penosos del mundo. A veces hay semanas en las que apenas si hay dos días de trabajo, y luego vienen varias otras semanas de descanso forzoso. Semanas en las que hay treinta o cuarenta dólares de beneficio, y semanas en las que no se gana ni un centavo.

Así no es de extrañar que la mayoría de las aspirantes a las glorias de la pantalla se desanimen a tiempo y vuelvan a sus empleos, que si bien no demasiado altamente retribuidos, son seguros y permanentes, por lo menos.

consiste en una especie de sutilísimo sentido de humorismo.

Wallace, quien a la sazón dirige la película «The Right to Love», en que actúa Ruth Chatterton, opina que el sentido humorístico es el elemento más importante para triunfar en la pantalla hablada.

Los actores que poseen un bien definido sentido humorístico no se toman demasiado en serio a sí mismos, ni se dejan guiar por súbitas inspiraciones geniales, de las que generalmente no suele derivarse nada útil o artístico.

Miss Chatterton, de acuerdo con lo opinado por mister Wallace, es un ejemplo perfecto de las posibilidades del humorismo. Aparte de su talento de actriz, miss Chatterton sabe siempre descubrir la arista humorística de la situación más negra y desesperada, y sabe perfectamente cómo reírse de sí misma y del mundo entero cuando llega la ocasión.

Así, no es de extrañar que el nombre de Ruth Chatterton figure en primera línea. Y figurará aún por muchos años.

Una película de ambiente argentino

«A LMA de Gaucho» es una película totalmente hablada en español, basada en un argumento escrito especialmente para la América Latina y de autor hispanoamericano. «No es una traducción» y es la primera de tal índole que presenta exactamente el pensar de los latinos referente a diversiones.

Nada se ha omitido a fin de hacer de esta película una obra de relieve y gusto. Costosos escenarios se han fabricado para reproducir de una manera precisa las escenas y pasajes que se observan en el suelo de la Argentina.

Desde el primer actor hasta el último «extra», han sido todos personificados dentro del más puro carácter argentino.

Un acontecimiento cinematográfico importante

El último film de Douglas Fairbanks, «Para alcanzar la luna», en el que aparecen también Bebé Daniels, Edward Everett Horton, Jack Mulhall y Claud Allister, dirigido por Edmund Goulding, que escribió también el argumento, se había de estrenar a fin de año en el Criterion Theatre de Nueva York.

Aunque no es seguro, es muy probable que Mary Pickford y Douglas Fairbanks se hallen en Nueva York para asistir a la «première» de este film.

En todo caso esta presentación constituirá un gran acontecimiento cinematográfico, igualando sino superando el éxito que al ser estrenados en Broadway obtuvieron «El Gaucho», «Los Tres Mosqueteros», «El Ladrón de Bagdad», «Robin Hood» y «Don Q».

Mister Goulding, que también dirigió «La Intrusa», de Gloria Swanson» y «The Devil's Holiday», de Nancy Carroll, se hallará en Nueva York para dicha «première», pues está trabajando en un importante estudio de la gran ciudad.

Douglas efectúa con «Para alcanzar la luna» su primera aparición en indumentaria moderna de algunos años a esta parte. En él, salta, escala balcones y hace gala de su gran dinamismo, provocando a menudo la carcajada. Es el mismo Douglas de «Su Majestad el Americano».

June Mac Cloy, el último «descubrimiento» de Goulding, efectúa su debut en el film que nos ocupa, desempeñando un importante papel. Igualmente debutan en él Katherine De Mille, hija del célebre director, Luana Walters y Vivian Pearson.

«Los Angeles del Infierno», que ha batido todos los records de taquilla en América y Europa, había de desaparecer, al fin, del car-

tel del Criterion para dejar sitio a otra película de los Artistas Asociados, que mister Joseph M. Schenck presenta. Más adelante el gran film de aviación con sus aviones y zeppelines navegando entre las nubes, escenas tomadas con gran riesgo para los operadores, y la rubia belleza de su protagonista Jean Harlow, se proyectará en el Rialto y el Rivoli a precios más reducidos.

Además de «The Devil to Pay» de Ronald Colman, que se había de estrenar poco antes de «Para alcanzar la luna», los Artistas Asociados piensan presentar muy pronto el nuevo film dirigido por Roland West e interpretado por Chester Morris, los mismos director y protagonista de «Ronda nocturna», que se titula en inglés «The Bat Whispers» y el de Samuel Goldwyn «One Heavenly Night», interpretado por Evelyn Laye, artista que constituirá una verdadera revelación, según se afirma, y que está destinada a conquistar una fama que ninguna otra ha podido lograr tan brillantemente desde que una artista sueca interpretó «El Torrente».

La esencia impalpable de la personalidad

La esencia de la personalidad es algo perfectamente misterioso, fuera de todo intento de análisis.

La personalidad es más importante que el talento artístico.

Tiene más importancia que las mismas dotes fotogénicas, o de reproducción fotográfica.

Tiene, también, más importancia que las dotes que constituyen una voz perfectamente microfónica.

La personalidad se expresa, tarde o temprano, en grandes letreros luminosos. La falta de personalidad acarrea como consecuencia el olvido del público.

La personalidad, según Richard Wallace,



PLEGABLES, INDESLIZABLES
Y EN VARIEDAD DE COLORES

De venta en Barcelona:

«CAUTXÚ CATALÀ»

Cortes, 615

SUCURSAL

Paseo de Gracia, 127

«PRODUCTOS TUSELL»

Ronda San Pedro, 12

«MADAME X»

Rambla Cataluña, 24

PANTALLAS DE BARCELONA

ÚLTIMOS ESTRENOS

Dos cintas habladas en español

UNA estrenada en el Coliseum—«La carta»—, la otra estrenada en el Capitol—«El secreto del doctor»—; ambas de la Paramount y realizadas en su estudio de Joinville.

Cada película hablada en español que se estrena, o nos decepciona por completo, o nos avisa por lo menos de lo desorientadas que están aún las empresas americanas respecto al ambiente y calidad dialogal de los films hispanoparlantes. El esfuerzo que realizan por dar un tono adecuado a estas producciones es bien visible, pero de todas formas el resultado que obtienen es casi nulo.

Crean estas empresas que basta con tomar un asunto cualquiera al azar y que los intérpretes hablen en castellano—no siempre con la pureza necesaria—para tener derecho a llamar españolas a estas producciones. Y no es así, porque nada racial español hay en ellas.

Aparte esto, que comprendemos es muy difícil de lograr sin rodearse de individuos perfectamente penetrados con nuestras costumbres, de características regionales tan varias; conocedores de nuestra historia, de nuestra literatura y de nuestro arte, tienen esas cintas llamadas españolas otros defectos más fáciles de subsanar. Por ejemplo: ¿no es posible realizar un film hablado en español sin apartarse de la técnica cinematográfica para caer lamentablemente en la teatral?

Porque haciendo excepción de algunas películas—y éstas realizadas en Hollywood, sobre el cañamazo de la original, en inglés—no existe ninguna de las habladas en idioma cervantino—¡desdichada lengua de Cervantes y cómo te están poniendo!—que acuse valores cinematográficos. Hay en ellas más teatro—teatro de sombras—que cine. ¿Pues y los intérpretes? Muy españoles si se quiere, pero muy deficientes artistas de la pantalla, quírase o no.

Y esto va enderezado, no sólo a la Paramount por las películas que salen de su estudio de Joinville, sino a todas las empresas. Dejemos a un lado a Ernesto Vilches, a Rosita Moreno, a Angelita Benítez, a Romualdo Tirado, a Ramón Pereda, a Conchita Montenegro, a José Crespo, a Juan Toren... ¿Qué artistas hispanos hay a la hora presente capaces de crear discretamente siquiera un personaje para la pantalla?

Causa verdadera pena ver en el lienzo de plata a tantos actores y actrices españoles que, si sobre el tablado teatral acusan un temperamento dramático, una sensibilidad artística, en el cine son meras sombras sin relieve, muchas que gesticulan de un modo grotesco sin conseguir darle al gesto, a la actitud expresión dramática.

¿Que dónde dejo la crítica de «La carta» y de «El secreto del doctor»? En el tintero, lector amigo. He empleado demasiadas líneas en divagar, y vale más dar por terminado el comentario. ¿No te parece?

GAZEL

redactor cinematográfico de «La Nau» y buen camarada.

La idea nos parece aceptable y la cogemos con simpatía.

Lo que es «El presidio»

RECIENTEMENTE ha llegado a España y está pronta para ser estrenada, una película llamada a ser el acontecimiento máximo de la temporada.

Metro-Goldwyn-Mayer es, en este caso, la feliz editora de este film sin precedente. Se trata de la película hablada en español, «El presidio», que revive con un dramatismo y una grandeza de expresión extraordinaria uno de los recientes e imponentes episodios de las cárceles americanas. Una sublevación en un presidio; tal es el tema de este film que demuestra la ya lograda madurez del «talkie» español.

El gran público vive demasiado alejado de estas desgraciadas agrupaciones de hombres, verdaderas ciudades de la desesperanza y el dolor, donde unos semejantes nuestros gimen cautivos y donde la maldad y el crimen entablan a veces luchas gigantescas con la honradez y la civilización.

Los autores de este film han logrado una grandeza de presentación formidable y unas escenas de conjuntos imponentes, que subyugan al público, adueñándose de la sensibilidad e imponiendo la trágica situación de los sublevados. Una grandiosa fortaleza de reclusos terriblemente armados. Un infierno de foragidos desesperados, dispuestos a vender carísimas sus vidas. Y en medio del desorden, el heroísmo de un recluso que quiere permanecer honrado y digno de la vida social, gracias a un amor redentor que ha iluminado su vida tenebrosa.

Los formidables recursos técnicos de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer, puestos por entero al servicio de este film de grandiosa ejecución, han permitido realizar una versión enteramente hablada en español, como el público de España no habrá sonado nunca ver.

Se trata seguramente de un acontecimiento llamado a conmover a España entera como ha conmovido a toda América, donde constituyó el éxito más estruendoso de la temporada.

CUPÓN NUM. 9

El prisionero de Zenda

Nombre del lector

Domicilio

Dirección

Estos cupones se canjearán por otro definitivo a la terminación de la novela *El prisionero de Zenda*, de la Editorial Iberia, que dará derecho a unas artísticas tapas.

OTRAS PELÍCULAS

Cataluña: «El valiente»

SIGUE en el cartel de este salón esta película de la Fox, hablada en español.

«El valiente», por su asunto de tonos realistas, por la honradez de su desenlace y porque nos revela a una actriz de valía—Angelita Benítez—, merece permanecer aún algunas semanas en el cartel. No siempre se realizan cintas de esta enjundia dramática.

Fémina: «De frente, marchen»

ESTA película—la más hilarante y graciosa de cuantas ha realizado hasta ahora Buster Keaton—continúa en el cartel del aristocrático salón del Paseo de Gracia.

Junto al inconmensurable «Pamplinas» hace un graciosísimo papel Romualdo Tirado, un español que se ha revelado en la pantalla como un actor de fina vena cómica.

Conchita Montenegro se ha captado también las simpatías de nuestro público.

Tivoli: «El rey del jazz»

OBRA de gran espectáculo, de presentación fastuosa, «El rey del jazz» es una película de superficie que no llega al alma, pero que cumple su misión de encandilar los ojos del espectador.

John Boles, Jeanette Loff y Paul White-man ocupan el primer plano interpretativo y están bien ajustados a sus papeles.

NOTICIARIO

Sesión de arte

EL lunes por la noche se celebró una sesión de arte en el cine Avenida, organizada por la empresa de este local y por «El Mundo Deportivo».

La velada resultó un éxito para sus organizadores, estando el salón muy concurrido.

Banquete a un periodista

EL periodista madrileño, nuestro excelente amigo y compañero Mauricio Torres, ha lanzado la idea de organizar un banquete en honor de Pedro Ventura,

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Para
SUSCRIPCIONES
de
POPULAR FILM
dirigirse a
**LIBRERÍA
FRANCESA**
RAMBLA DEL
CENTRO, 8 y 10
BARCELONA

D.
se suscribe a **POPULAR FILM** por
TRES MESES • **SEIS MESES** • **UN AÑO**
5'75 Ptas. 7 Ptas. 13 Ptas.
cuyo importe les envío por giro postal—les incluyo en sellos de correos (en este caso certificar la carta).
Domicilio FIRMA:
Población
Provincia
Observaciones para su envío:
NOTA: Téchense los plazos de suscripción que no convengan.

ARGUMENTOS DE LA SEMANA

La canción del Arco Iris

Comedia musical, realizada en colores e interpretada por John Boles, Vivianne Segal, Joe E. Brown, Marie Wells, Sam Hardy y Marion Byron

De las Exclusivas Cíneas

La acción empieza en el viejo Puerto Independencia, donde tiene lugar un baile que es interrumpido a causa de que los soldados deben acompañar a una caravana de carros hacia California. A la mañana siguiente, y bajo el mando del coronel, el teniente Singleton y el comandante Daglow, quedan los dos enamorados de la hija del coronel, llamada Virginia. Llega un joven explorador y Singleton lo reconoce como a Stauton, un capitán que años atrás tuvo una disputa con Daglow a causa de una mujer, y que escapó del servicio antes de que se formase consejo de guerra. Stauton estaba enamorado sinceramente de la mujer en cuestión, llamada Gotia, y atacó a Daglow por haberle encontrado en la habitación, y en aquella ocasión Daglow se rió de él y le dijo que Gotia era una fácil virtud, lo cual no estaba muy lejos de la verdad.

Cuando empieza la acción de la película, Gotia también se encuentra en el Fuerte Independencia. Daglow, al salir del baile, reconoce a Stauton, a pesar del vestido que lleva. Se entabla una pelea y Daglow trata de usar el revólver. Stauton coge el revólver y dispara, y el coronel ordena que se arreste a Stauton, acusado de asesinato. Al formarse la expedición queda nombrado sargento mayor, Hasty, un esquilador, y Penni, una pequeña y divertida señora, que es una de las emigrantes. A la mañana de la marcha, Stauton y Hasty se encuentran los dos en la cárcel por haberse emborrachado la noche anterior. Hasty quita de en medio al guardia cuando Singleton viene para darle a Stauton la oportunidad de su favor. Un cura ha llegado la noche anterior al campamento para acompañar a los emigrantes, pero se ha roto una pierna y ya no puede desempeñar su misión. Hasty se apodera de los hábitos del cura. Stauton toma el puesto del pastor de almas. Stauton se enamora de Virginia sin saber que Singleton la ama. Cuando Stauton se entera de que Singleton ama a Virginia, dice que él es a Gotia a quien ama. Al llegar Red Dog a California, Gotia suplica a Stauton que se quede allí, temiendo que sea reconocido como un emigrante por alguno de los soldados. Singleton se entera de que Stauton ama a Virginia y le recrimina que sea un amigo tan falso, y le dice qué clase de vida puede ofrecer a Virginia, siendo un desertor y estando acusado de asesinato. Cuando la caravana vuelve a emprender la marcha, Virginia se entera de que Stauton se ha quedado en casa. Secretamente ella se escapa y vuelve a su lado y él le dice lo poco que puede ofrecerla. Entonces se van los dos juntos y Hasty los acompaña.

Un año después volvemos a encontrarlos. Stauton hace funcionar una casa de juego en San Francisco y Virginia está con él. Stauton y Hasty trabajan también en las mesas de juego. Algunos parroquianos arman bronca, diciendo que han sido estafados. Virginia se entera de que algunos compañeros de la vieja caravana están a punto de llegar, y Stauton cierra el juego, pues no quiere que ellos le vean detrás de una mesa de juego. Los indígenas, sorprendidos por esta decisión, juran matar a Stauton y a Hasty. Los expedicionarios, y especialmente Singleton y el sargento mayor, quedan sorprendidos al ver a Virginia en aque-

llos lugares. Ella sigue amando a Stauton y finge hallarse satisfecha, pero en el fondo quisiera volver a su vida entre la sociedad. Los expedicionarios brindan por ella y la aclaman como la hermosa del regimiento.

Por su parte Stauton no quiere enfrentarse con sus antiguos amigos. En aquel momento entra Gotia con varias bailarinas para entretener a los expedicionarios, y Stauton se da cuenta de que está arruinando la vida de Virginia, y decide abandonarla, armando una camorra, insultando y agrediendo a todos los que se encuentran en la sala de juego, y huye, al fin, dejando a Virginia abandonada.

La película termina alistándose Stauton como voluntario, antes de ser deportado, y le vemos marchar entre las filas de soldados, como un soldado más, mientras Virginia sigue amándole todavía.

La carta

Film Paramount hablado en español

Intérpretes: Carmen Larrabeiti, Carlos Díaz de Mendoza, Cecilio Rodríguez de la Vega, Luis Peña y Lea Niako

Narración de Renée d'Agrevé

Pocos sucesos han apasionado tanto la opinión pública de Singapur como el que costó la vida al tenorisco mister George Nelson y sienta ahora en el banquillo de los acusados a una europea a quien su belleza y su coquetería han hecho sobresalir en los salones de la capital de la Indochina británica.

Los hechos, hasta donde se han logrado establecerlos, son los siguientes: Mrs. Leslie Bennett acribilló a balazos a mister George Nelson, en momentos en que éste se hallaba de visita en su casa. Pero la versión de los hechos varía mucho según quiénes sean los que los relatan. Sostiene el abogado defensor, mister Joyce, que la inculpada obró en guarda de su honor, amenazado por el occiso que fué a requerirla de amores aprovechando la ausencia de mister Philipp Bennett de la hacienda cercana a Singapur donde vive el matrimonio. Asegura el ministerio público que se trata lisa y llanamente de un homicidio, en la comisión del cual no concurrieron las circunstancias atenuantes que alega la defensa. Y en cuanto a las innumerables lenguas del escándalo, son muy varias las maneras como relatan lo ocurrido, aunque en todas ellas salga muy mal parada la fidelidad de Leslie y el honor de su marido.

Cualquiera que sea la versión a que demos crédito, hay en este drama una figura patética que inspira compasión y simpatía aun a los más indiferentes: es la de mister Bennett, el esposo que desde el primer momento ha creído en la absoluta inocencia de su mujer y comprometido su escasa fortuna a fin de defender a Leslie ante la justicia y ante la opinión pública.

Tan hermoso, tan superior a lo corriente es ese gran amor que revela la actitud y la conducta de Philipp Bennett, que ni a los más propensos a la malevolencia se les ocurre hacer blanco de sus comentarios al pobre marido que a pesar de la coquetería de Leslie, hecho innegable y que consta a todo Singapur, proclama a su esposa modelo de mujeres recatadas cuyos antecedentes la hacen superior a toda sospecha, aun la más leve.

El abogado defensor ha sabido sacar tan buen partido de cuantas circunstancias pudieran militar a favor de su cliente, que la absolución parece segura. Empero, la misma víspera del día en que ha de dictarse la sentencia, llega a conocimiento del letrado algo que lo desconcierta. Uno de sus pasantes indígenas,

el joven Ong Chi Seng, le lleva la noticia de que hay cierta carta, escrita por Mrs. Leslie Bennett, merced a la cual será fácil probar que mister Nelson, al visitar la hacienda la noche del crimen, lo hizo llamado por la que allí le dió la muerte. El comprometedor documento se halla en poder de Li Ti, la bailarina que fué amante de Nelson y cuyos celos, a lo que parece, precipitaron la tragedia. Sabiéndose dueña de la situación, la asiática impone dos condiciones para entregar la carta: que sea la odiada rival europea la que vaya en persona a recogerla, y que le entregue a cambio de ella la suma de diez mil dólares.

Las influencias de que goza mister Joyce logran de las autoridades que se permita a Mrs. Leslie Bennett salir de la cárcel por unas horas. Amparada por las sombras de la noche, va la esposa infiel a sufrir la humillación de presentarse en casa de Li Ti, antro del vicio donde se dan cita marineros y gentes de la más baja estofa.

Eliminada la prueba que hubiera llevado a la horca a su cliente, mister Joyce corona al día siguiente su defensa logrando la absolución de la acusada.

El júbilo del esposo es inmenso. Tanto para celebrar el fausto suceso cuanto para dar público mentís a quienes se han cebado en su honra y en la de Leslie, invita a lo más granado de Singapur a una fiesta.

Cuando la casa de los Bennett se halla llena de gente y la animación y el bullicio llegan a su apogeo, mister Joyce, llevando aparte a su amigo, le manifiesta que no aceptará pago alguno por la defensa pero se verá precisado a cobrarle diez mil dólares que tuvo que desembolsar de su peculio.

Ante la insistencia de mister Bennett, que lo acosa a preguntas, el abogado acaba por confesarle la terrible verdad...

Anonadado por el golpe que a más de arrebatarse el último resto que le quedaba de su modesta fortuna le hace perder lo que había sido el mayor tesoro de su vida: la fe en la lealtad de su esposa, el desventurado esposo da una nueva prueba de su grandeza de alma al perdonar a la que tan vilmente correspondió a su amor y a su confianza. Dejará que la infiel continúe viviendo bajo su techo, seguirá escudándola contra todo y contra todos, y será la compasión, ya que no el amor que tan cruelmente acaba de matar la realidad, lo que le ligue a Leslie.

vi tirarse a fondo tres o cuatro veces con una rapidez y hasta la ventana, se defendía de un modo admirable. Le foso, cinco o seis hombres rodeaban a Ruperto. Acosado

Pero antes que hubiese ocurrido nada en esa parte del hacia la derecha, en dirección del calabozo del Rey.

Resonaban pasos en la escalera y luego se oyó ruido

La voz del duque era cada vez más débil.

—¡Socorro! ¡Socorro!

amigos.

fallaban. No había nadie que pudiera abrir la puerta a mis

le había matado con aquella estocada furiosa. Mis planes

Juan había acudido en auxilio del duque y Ruperto

—¡Ah! ¿Eres tú, Juan? ¡Toma! ¡Toma! ¡Acércate, Miguel!

tra un adversario invisible para mí. Se tiró a fondo...

espada en mano, de espaldas a la ventana, baténdose con-

la ventana que se abría bruscamente, y vi a Ruperto de pie,

que estremeció la noche, grito de hombre herido; luego

grito estridente que partía del aposento de Antonieta, grito

Todo pareció ocurrir a un tiempo. Primeramente, un

un rayo?

aquella escena que transcurrió para mí con la rapidez de

como el de espadas que se cruzan. Pero, ¿cómo relatar

Resonó un ruido de hierros que chocaban con fuerza,

da. Si Gautel se me acercaba, moría.

Luego resonaron pasos precipitados. Requetí mi espa-

—¿Qué ocurre?

sobre mi cabeza. Una voz alarmada, preguntaba:

la puerta. Casi en el mismo instante oí abrir una ventana

El duque soltó una blasfemia atroz y se arrojó contra

—¡Socorro, Miguel! ¡Hentzau!

yo había dictado:

Por toda contestación oí estas palabras, las mismas que

La voz era la del duque Negro.

—¡Abrid, abrid! ¿Qué es lo que ocurre?

furioso.

estruendo, una cerradura que se violentaba de un modo

A N T H O N Y H O P E

EL PRISIONERO DE ZENDA

entonces el revólver, Ruperto apuntó a la botella. Los dos primeros disparos no la alcanzaron y los proyectiles dieron en el tubo. Al tercero la botella voló en pedazos. Esperaba yo que el joven bandido se contentaría con tal proeza; pero acabó de disparar las balas de su arma contra la tubería; una de las balas silbó a mis oídos.

—¡Levantad el puente!—gritó por fin una voz, con gran contento mío.

—¡Un momento!

Ruperto y Gautel echaron a correr. Una vez levantado el puente todo quedó en silencio. El reloj dió la una y cuarto. Me erguí y me desesperé.

Apenas habían pasado unos minutos, cuando oí un ligero ruido a mi derecha. Miré y advertí el alto perfil de un hombre que estaba en pie en el paso que conduce al puente.

La elegancia del continente y la soltura de los ademanes me indicaron que se trataba de Ruperto.

Tenía en la mano la espada desnuda. Permaneció inmóvil unos dos minutos.

¿Qué nueva maldad había imaginado el diabólico mozo? Oí que reía reprimiendo el ruido. Luego se volvió hacia la muralla y empezó a bajar a lo largo de ella. ¿Había, pues, escalones ahí? Sin duda alguna. Debían estar empotrados en la pared y tenían mucha altura.

Cuando Ruperto puso el pie en el último, se volvió y entró en el agua. Si sólo hubiese expuesto mi vida, nadara para ir a su encuentro. ¡Con qué alegría me arrojara sobre él para saber quién podía más! Pero, ¿y el Rey? Me contuve, pero sin que pudiese contener los latidos furiosos y resonantes de mi corazón.

Seguí a Ruperto con una curiosidad intensa.

Sin apresurarse pasó el foso nadando, llegó al otro lado, donde encontró otros escalones que le permitieron escalar la orilla.

Cuando estuvo a la otra parte del puente levadizo vi

—Espera. Podría escocernos si nos precipitáramos. chard que, con entonación dura y fría, respondió:

Diéronme ganas de llorar reconociendo el acento de Det-

Agucé el oído, pues estaba ansioso oír la respuesta.

—¿Hay que matarlo?—preguntó otra voz.

—¿Qué ocurre?—preguntó una voz inquieta.

El sonido venía de detrás de una puerta que había

—¿Qué ocurre?—preguntó una voz inquieta.

colgada de la pared. Tomé aquella lámpara y escuché.

Encontréme entonces en lo alto de una escalera de pie-

menor ruido posible; luego me puse la llave en el bolsillo.

La puerta se abrió. La entorné y la cerré haciendo el

al calabozo del Rey.

ellas y la introduje en la cerradura de la puerta que lleva

Por fin pude hallarlas. Había tres. Tomé la mayor de

! Dios me perdone! que hert el cadáver.

Pero nada encontraba; creía mi exasperación y creó

—¡Las llaves! ¡Las llaves!

Había al diñunto como si hubiese podido oírme.

—¡Ea! ¡Las llaves! ¡Las llaves!

estaban las llaves?

vés de la puerta. Me arrojé junto al cadáver. ¿Dónde

Le hert sin vacilar un punto. Cayó desplomado a tra-

junto a la puerta en que yo me apoyaba.

foso mi atención se distrajo al ver que aparecía Gautel

punto fijo, porque desde el momento en que se arrojó al

¿Qué fue de Hentzau? No lo supe hasta después a

foso a nado.

y una vez más oí su risa insolente, mientras atravesaba el

de un modo diabólico, agitando la espada que empuñaba,

la ventana. Embriagado de sangre se lanzó al foso riendo

nante aprovechó aquel respiro para subirse al alféizar de

uno solo, los partidarios del duque retrocedieron. El tu-

una audacia magnífica. Aun cuando eran tantos contro

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

EL PRISIONERO DE ZENDA

vivía aún, oí un ruido de cadenas al exterior. Se bajaba el puente levadizo. Iba a ser cogido como en una ratonera, lo propio que el Rey.

¿Qué hacer? Vivo o muerto, abandoné el Rey en manos de la Providencia, tomé la espada y pasé a lo que parecía antesala.

Si eran mis amigos los que habían bajado el puente levadizo todo iba bien. Mis ojos vieron entonces los revólveres que había en la chimenea; tomé uno y me detuve un instante en la puerta para escuchar. ¿Para escuchar he dicho? Sí, y para tomar resuello. Desgarré la manga de la camisa, me vendé el brazo herido y me puse a escuchar de nuevo. Hubiese dado cuanto tenía por oír la voz de Sapt, pues estaba abatido, fatigado, exhausto de fuerzas. ¡Y el gato montés de Ruperto de Hentzau circulaba libremente por el castillo! Como me era mucho más fácil defenderme junto a la estrecha puerta situada en lo alto de la escalera que en la entrada de los calabozos, mucho más ancha, subí los escalones y esperé.

¿Qué ruido era aquel? Un ruido extraño a no dudarlo, dada la hora y el lugar. Era la risa, la risa tranquila, desdenosa, alegre de Ruperto de Hentzau. Difícilmente podía comprender que un hombre sano de mente pudiera reír en semejante trance. Aquella risa me hizo comprender que los míos no habían llegado todavía, pues hubiesen acabado ya con Ruperto si toparan con él.

El reloj daba las dos y media. ¡Las dos y media! No habiendo encontrado la puerta abierta y después de buscarme en vano junto al foso, los míos debían de haber vuelto a Tarlenheim para avisar la muerte del Rey y la mía. Durante unos momentos me apoyé, desfallecido, en la puerta. Me abandonaba mi valor. Pero pronto reaccioné oyendo a Ruperto que gritaba, con acento de reto:

—Ahora que el puente está echado, ¿quién os impide avanzar? ¿Me gustaría ver al duque Negro! ¡Ea, atrás,

Se oyó un nuevo grito, y una puerta que se abría con
selas conmigo.
paso y nadie podía ir del nuevo al viejo castillo sin haber-
trádomelo en una posición maravillosa. Era dueño del
bre. Lo atravesé en un santiamén y me escondí, encon-
bia un rincón obscuro en el que podía ocultarse un hom-
paso era más ancho que el puente. En la parte opuesta ha-
puñando la espada con la otra. De pronto, noté que el
lón, agarrado al marco de la puerta con una mano y em-
Vibraban todos mis nervios. Estaba en el último esca-
Este clamor fué seguido de un grito desgarrador.

— ¡Socorro, Miguel, socorro!
rado :
era completa. Entonces resonó un llamamiento desespe-
para, porque la luz desapareció al punto y la obscuridad
Alguien sin duda acababa de tirar o apagar la lám-
estaba iluminada.
ta, se produjo un gran alboroto en el cuarto cuya ventana
la entrada del castillo y en que Juan debía abrir la puer-
guida, antes de la hora en que mis amigos debían llegar a
No permanecí mucho en incertidumbre. Casi en se-
lla noche?
pos favoritos iba a entregarse el perverso muchacho aque-
? Adónde llevaba aquella puerta y a cuál de sus pasatem-
la espada desnuda en la otra, sonriendo burlonamente.
Se me antojó ver a Ruperto con una llave en la mano,
llevaba al puente levadizo al otro lado del foso?
llave? ¿Cuál la puerta que se quería abrir? ¿Quizá la que
dentro de la cerradura. ¿Cuál era la mano que movía la
ot un leve chirrido; el que produce una llave dando vuelta
tación de la señora Maubán estaba alumbrada. De pronto
La cámara del duque continuaba cerrada y sólo la habi-
Todo yacía en silencio en la parte moderna del castillo.
acto del drama.
transcurrieron cinco o diez minutos y empezó el segundo

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

A N T H O N Y H O P E

que sacaba algo del bolsillo. Era una llave que le permi-
tió abrir una puerta. No oí que cerrara la puerta, y des-
apareció.

Abandonando entonces la escala, que ya no necesitaba,
nadé hacia el puente y salvé varios de los escalones que
había en la pared. Llegado a cierta altura, me detuve, te-
niendo la espada en la mano y escuchando con atención.

El cuarto del duque no estaba alumbrado, pues no se
advertía la menor claridad entre las maderas; pero al
otro lado del puente brillaba una luz en una ventana.

Ningún ruido; reinaba un silencio sepulcral turbado
únicamente por la voz de la torre que daba la media para
las dos.

No era yo solo quien conspiraba aquella noche en el
castillo.

CAPÍTULO XVIII

ÚLTIMO ASALTO

La situación en que me hallaba no era muy propicia
para reflexionar. Y, sin embargo, al cabo de unos segun-
dos reflexionaba.

Una cosa era evidente. Fuese cual fuese el objetivo de
Ruperto, de una cosa no podía dudarse: que estaba ocu-
pado en la parte opuesta de la que ocupaba el Rey en el
castillo. Y si podía evitarlo yo, no permitiría que volviese
a la otra parte. Otra cosa era evidente: que sólo tenía que
habérmelas con tres de los Seis. Dos estaban de guardia
inmediatos al Rey: el otro, Gauté, dormía, probable-
mente. ¡ Ah! ¡ Si hubiese tenido las llaves! Hubiese ju-
gado el todo por el todo, atacando a Detchard y Bersonin,
antes que pudiesen socorrerles sus compañeros. Pero sin
las llaves no me quedaba otro recurso que esperar la lle-
gada de mis amigos para atraer a uno de los que las tenían.
Esperé. Mi ansiedad no fué de larga duración. Sólo

alcanze de la mano.
Y la lucha empezó entre nosotros a espada, pues, ator-
nadamente, ni el ni Bersonin tenían sus revólveres al
— ¡ Por fin!

Entonces, volviéndose hacia mí, rugió:
saba con su espada.

Pero Detchard no tardó en soltarse rechazando a su
debil adversario. En el momento de entrar yo, le atrave-
zaba las manos.

zo. El doctor se había arrojado sobre el asesino y le atena-
el doctor se fajaban furiosamente en el centro del calabo-
so, reía de un modo insensato y miraba cómo Detchard y
de defenderse, agitando las manos por un temblor nervio-
El Rey en un rincón, pálido, enfermo, imposibilitado
dir la puerta, he ahí el espectáculo que presencié:

Cuando, después de esfuerzos inauditos, llegué a hum-
sacrificio de un hombre que dió la vida por su soberano.
Sin duda había matado al Rey y a mí después, sin el
ya su sinistra tarea?

había cerrado la puerta en pos de sí. ¿ Estaría cumpliendo
denes recibidas, había corrido hacia la celda del Rey y
Me volví; pero Detchard no estaba allí. Fiel a las ór-
instante yacía a mis pies.

su espada. Yo me lancé contra el belga, y al cabo de un
vieron, que el belga retrocedió. Detchard se precipitó hacia
en el fondo del aposento. Su sorpresa fué tal cuando me
en pie, espada en mano. Detchard, sentado en una cama
Me arrojé contra la puerta, que cedió. El belga estaba
Había llegado el momento crítico.

decidido a no dejarles tiempo para que la encendieran.
Era probable que tuviese otra lámpara; pero estaba
la voz de Bersonin.

— ¡ Qué obscuridad! La lámpara se ha apagado — dijo
Apagué vivamente la lámparilla.

abriran la puerta con precipitación.
Reinó un nuevo silencio; luego se oyó ruido de pasos;

I N T H O N Y H O P E

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

Los encontré luego, más tarde, cargados, sobre la chi-
menea del otro calabozo o lo que fuese.

Estábamos solos, resueltos a matar o morir, silencio-
sos, feroces, implacables. Me acuerdo poco de las peripecias
de la lucha. Sé únicamente que aquel hombre mane-
jaba la espada con destreza sin igual, y que, para que fuese
el combate más desigual, desde el principio recibí una he-
rida en el brazo izquierdo.

No pretendo que aquella pugna fuera una hazaña mía;
creo, por lo contrario, con sinceridad, que me hubiese ma-
tado mi adversario terminando así su carnicería, sin un in-
cidente imprevisto.

Estaba acorralado junto a la pared cuando el pobre Rey
se nos acercó riendo locamente y gritando:

— ¡ Toma! ¡ Es el primo Rodolfo! ¡ El primo Rodol-
fo! Espera, primo, ¡ voy en tu ayuda!

Y cogiendo una silla que apenas podía levantar con sus
débiles manos, y de la que se servía a guisa de escudo, se
acercó más. Sentí que renacía mi esperanza en el fondo del
pecho.

— ¡ Ven! ¡ Ven! — exclamé. — ¡ Tírasela entre piernas!

Detchard replicó con un ataque desesperado. Creí que
todo había acabado para mí.

— ¡ Acércate! ¡ Acércate más! — vociferé.
El Rey, protegido por la silla se acercaba cada vez más.
Detchard, blasfemando, acometió al Rey. Le tocó sin
duda, porque cayó gimiendo.

El miserable cerró de nuevo contra mí; pero sus pro-
pias manos habían preparado su pérdida. Al volverse, su
pie resbaló en la sangre que formaba una charca en torno
del cadáver del doctor. Se tambaleó y cayó. Me precipité,
y antes que pudiera valerse le hundí en el pecho mi espada.
Quedó atravesado sobre el cadáver de su víctima.

¿ Había muerto el Rey? Tal fué mi primera impresión.
Corrí hacia él. Estaba sin sentido, mostrando una gran
herida en la frente. Pero antes de poder asegurarme de si



PUBLICIDAD

La mejor realizada
es la que se haga en

POPULAR FILM

PELUQUERÍA PARA SEÑORAS

ONDULACIÓN PERMANENTE

Completa 15 Ptas.

Realizada con los mejores aparatos
modernos, conocidos hasta la fecha

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.

Ronda San Antonio, n.º 1 (Entrada por la Perfumería) - Teléfono 13754 - BARCELONA



HUECOGRABADO
S.A. París, 134-Barcelona



Ayuntamiento de Madrid